

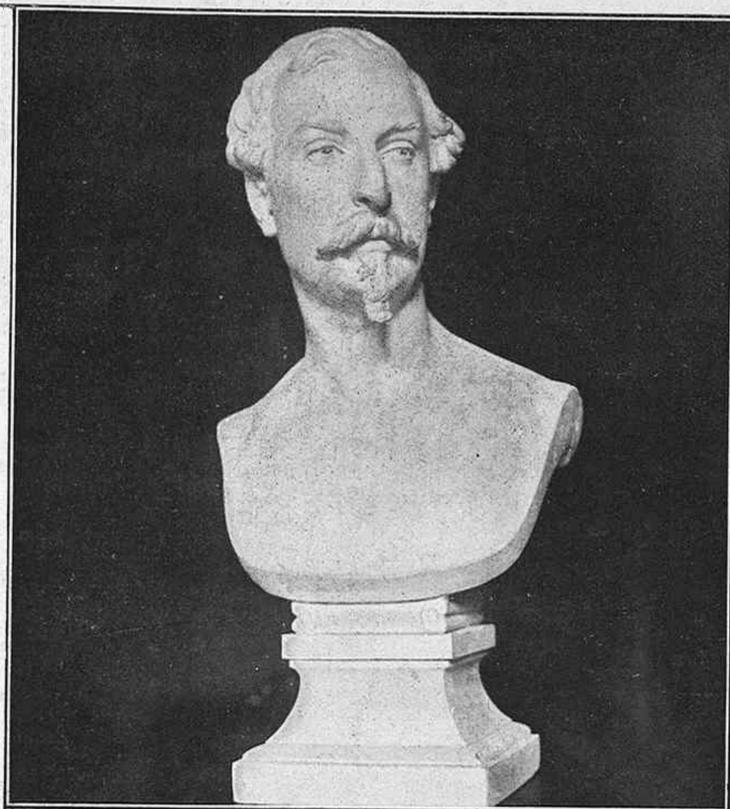
# La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 22 DE DICIEMBRE DE 1913

NÚM. 1.669

PARÍS. - EL NUEVO MUSEO JACQUEMART-ANDRÉ. (De fotografías de Harlingue.)



Busto de Ernesto André, por Carpeaux. - Busto de la señora Jacquemart de André, por Puech  
Palacio del bulevar Haussmann que, con todos los tesoros artísticos que encierra y que constituyen el Museo Jacquemart-André,  
ha sido legado por la señora de André al Instituto de Francia. (Véase el artículo de la página 828.)

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de la serie correspondiente al presente año y que es

## LA VIDA DE LAS ABEJAS

por Mauricio Maeterlinck. Esta obra, cuyo éxito ha sido colosal, es un poema delicado en prosa, en el que se habla de las abejas con verdadero amor y se describen entre raudales de poesía las maravillas de la vida íntima de esos pequeños seres, avalorándolas con reflexiones profundas.

LA VIDA DE LAS ABEJAS va ilustrada con numerosos dibujos de Giacomelli, el pintor famoso que, como ningún otro, ha sabido sentir la belleza de las flores, de los pájaros y de los insectos.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La emoción*, cuento de Carlos Val. — *París. El Museo Jacquemart-André*. — *Madrid. Concurso de aviación*. — *La guerra civil en México*. — *Madrid. Los vuelos de Doménjuz*. — *Nuevo presidente de la Confederación Suiza*. — *Barcelona. Visita de la escuadra inglesa*. — *El hallazgo de «La Gioconda»*. — *Notas marroquíes*. — *Gil de Claircoeur* (novela ilustrada; conclusión). — *Madrid. Los últimos estrenos*. — *Río Janeiro. IV Exposición de Arte Español organizada por don José Pinelo*. — *Libros enviados a esta Redacción*. — *El nuevo ministerio francés*.

**Grabados.** — *París. El nuevo Museo Jacquemart-André* (diez fotografías). — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *La emoción*. — *Madrid. Concurso de aerostación*. — *La guerra civil en México*. — *Madrid. Los aviadores Doménjuz y Garnier*. — *Arturo Hoffmann*. — *Barcelona. Visita de la escuadra inglesa* (tres fotograbados). — *El sueño de Jesús*, cuadro de Mecina Krzesz. — *El obrero italiano Vicente Perugia*. — *Último retrato del Jalifa de Tetuán Muley Meheddy*. — *La Gioconda*, cuadro de Leonardo de Vinci. — *El anticuario de Florencia Alfredo Geri*. — *Melilla. En honor de los héroes muertos en la campaña*. — *Madrid. Los últimos estrenos* (tres fotografías). — *Río Janeiro. IV Exposición de Arte Español organizada por D. José Pinelo* (dos fotograbados). — *El nuevo ministerio francés*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Será muy frívolo el asunto, pero se me ocurre hablar un poco de modas; es decir, de la moda femenina.

Cuentan que a un presidiario, que consumió treinta años de vida en la reclusión, pero que, habiendo delinquirado muy joven, salió todavía en edad de mirar con ávidos ojos al bello sexo, le preguntaron, curiosamente, qué era lo que más le había llamado la atención al volver al mundo, y respondió:

— El cambio en la silueta de la mujer.

Sin haber transcurrido tan largo plazo, la silueta actual de la mujer tiene mucho de sorprendente.

A bien que en los decretos modistiles hay una parte que será letra muerta. Me refiero a la actitud de Santas Isabeles en la Visitación, que, según los figurines, deben adoptar las señoras. Quiere el *chic* que se saque un puntiagudo abdomen, y el resto del cuerpo parezca como de pelele, desmadejado y lánguido; y me acuerdo de la broma que le gastaban allá en Santiago de Compostela a cierto estudiante, larguirucho y desgarbado como él solo:

— Recoge esa pierna, que se te ha caído en aquel rincón.

Para simular mejor el estado en que las madres hebreas entonaban cánticos de gozo, agradecidas a que pudiese en su seno formarse el Mesías o su estirpe, véndense en París unos postizos originales. ¿Os acordáis del polisón? Pues... lo mismo, sólo que todo lo contrario. Nadie negará que de esta moda, pueden surgir varios compromisos, a cuál más graves. Figurémonos a una señorita recatada y pudorosa, al frente de su postizo. ¿Qué recurso la queda, cuando miradas maliciosas y picarescas guiñen hacia su talle, digámoslo así?

Hay una regla infalible en materia de moda femenina. La forma del cuerpo debe siempre ser respetada, y sus líneas naturales aparecer, al través de la ropa, ni exageradas, ni borradas, ni adulteradas de ningún modo. Y este ideal no lo he visto realizado nunca, sino en el año de 1889, en la Exposición de París. Aquel año único, el talle estaba en su sitio, las mangas ni eran flojas ni apretadas, las faldas ni largas ni cortas ni anchas ni estrechas, los colores armoniosísimos, los sombreros airosos sin extravagancias, los abrigos de una forma artística y racional a la vez, el calzado elegante sin incomodidad, las sombrillas un encanto, y todo, en suma, hecho de molde para realzar los atractivos de las hermosas y no recargar la fealdad de las feas, siempre en mayor número...

Bien pronto se rompió aquel equilibrio feliz. Empezaron a crecer, de un modo desahogado, las man-

gas. ¿Os acordáis de la crisis de las mangas? Tres metros llevaban, siendo cortas hasta el codo. No se cabía en ningún coche; no se podía conversar fácilmente con nadie, a no ser de frente, porque los globos, que así se llamaban, eran inflados, y abultaban mucho más que el tronco.

Más tarde, bastante más, sobrevino otro acceso de locura: las dimensiones de los sombreros. Esto, reciente, nadie lo ignora. No había dónde guardarlos, y en los teatros originaron verdaderos conflictos. Hasta surgió su cuestioncita de orden público. En España, fué necesario que subiese al poder D. Juan de la Cierva, para que los espectadores viesen el espectáculo, y no una pluma, un ala de terciopelo, un monte de gasa, piel y flores.

Pues todo esto es tortas y pan pintado. Ahora se discute acaloradamente el asunto de la falda hendida, que deja ver... los remos, como irrespetuosamente dijo alguien, por no emplear palabra algo más sugestiva.

No existe justicia en la tierra. Hará dos años, la falda pantalón amotinó a la gente. Pues bien, la falda pantalón era honesta, era decorosa. Lo más que se podía ver en ella era una reivindicación feminista, un algo no tan radical como el sufragismo, pero que trataba de afirmar el derecho de la mujer a andar aprisa por la calle, a ir cómoda. Para la moral, ningún riesgo. No se dirá otro tanto de la falda hendida al costado, o yo no entiendo de estas filosofías. Y la falda hendida al costado pasa sin provocar ninguna manifestación escandalosa.

Claro es que no la aceptan todas, ni aun la mitad de las señoras, al menos según lo que puede verse en las calles, pues yo no he empezado a ir a sociedad todavía; y parece que en bailes y saraos es donde más se exhibe la falda rajada, con sus indiscreciones parciales, peores que si fuesen francas revelaciones.

Permítaseme hablar como artista. Por lo menos, la falda rajada no es fea. Procede de Grecia, y trae la patente de su origen. No puedo comparar esta falda, todo lo inconveniente que ustedes gusten, con el postizo de que hablamos antes, y que remeda una situación respetabilísima, pero antiestética.

Algunas extravagancias más se anuncian, y son derivadas del decadentismo artístico: son caprichos arqueológicos. Dícese que se van a usar, además del tornito helénico, las sandalias y los anillos de pedrería en el descalzo pie. ¡Oh inquietadora princesa de Judea, Salomé la pálida, y qué estragos estás haciendo!

También me huelen a arqueología las pelucas de colorines. En Roma, se usaron, y dan testimonio de ello los bustos del Museo de los Antiguos. Una cabellera azul será quizás originalmente decorativa en un rostro muy hermoso; si rodea uno marchito, de un óvalo mal dibujado, de facciones nada puras, parecerá la señora grotesco Pierrot.

No tengo noticia de que, hasta la fecha, hayan hecho irrupción en Madrid estas pelucas modernísimas. Es más: si vienen, creo que se las recibirá como antaño se recibía a los Santos Reyes: con una cerradura. Son estos antojos cosa muy parisiense, y de ciertas esferas de París. En la populosa ciudad hay una minoría de estrambóticos, compuesta, en su mayor parte, justo es decirlo, de extranjeros, gente más o menos auténtica, más o menos adinerada, que huye de su patria en busca de algún sitio donde despacharse a su gusto. Nadie les pregunta, en París, ni su pasado ni su verdadera condición social. Es el mundo *intérlope*, que naturalmente se diferencia del mundo elegante y escogido, del verdadero gran mundo, aunque eventualmente se roce con él. Es el plantel de las neuróticas, de las morfinómanas, de las... Tente, pluma, porque la enumeración es peligrosa. Y sobre esa capa de dorado estiércol es donde se cultivan los hongos de la extravagancia, las modas imposibles, los pugilatos de osadas rarezas. Hay, en ese mundo, señoras que han convertido su dormitorio en pagoda india, alumbrada por la misteriosa luz de las pupilas de un ídolo, un Buda o vaya usted a saber qué monigote. Las hay que duermen, como en otros tiempos Sara Bernhardt, en un elegante y muelle ataúd, acolchado de raso. Las hay que se cuelgan del techo, por medio de un mecanismo, y las hay que van, como haciendo una gracia, a pasarse la *soirée* en *brasseries* o tabernas infestadas de apaches, gozándose en la barbarie civilizada de asesinos y ladrones...

De gustos y colores no discutamos. Y, además, sepamos ver en todo ello una *pose*, el anhelo de notoriedad, obtenida por cualquier sistema, cuando no se puede aspirar a conseguirla mediante merecimientos propios, o dones extraordinarios de la naturaleza y la fortuna. Ya, sin embargo, nadie o casi nadie se preocupa, en París, de las excentricidades

de nadie. Tendrían demasiado trabajo, si se preocupasen, la policía y la opinión.

Encierra sin embargo un inconveniente este fenómeno social: y es que, desde afuera, creyérase que representa un aspecto importante de París, cuando no es sino una excrescencia o berruga en su fisonomía verdadera. Por lo mismo que no podemos ver en la insensatez de unos cuantos desequilibrados sino una mueca pasajera (estrechamente relacionada, por cierto, con la literatura) de las costumbres, es lástima que esa mueca grotesca sea tan visible, aunque, al fin y al cabo, se tome a risa.

\*\*

En algunas de las calles más céntricas de Madrid, acabo de ver un cuadro curioso.

Alrededor de un establecimiento de crédito, el Banco Hispano Americano, se agolpaba compacta muchedumbre. Un rumor apasionado, tempestuoso, una resaca violenta, sacudían a esta multitud, agitada y casi amenazadora. ¿Será cierto que la voz de alarma se originó de una broma de club, de una de esas *cobas* que brotan de la alegría de sobremesa para mistificar a alguien? ¿O más bien tuvo cualquier fundamento el susto que se revelaba en los rostros, que se traducían en las exclamaciones y en las actitudes? Sólo podrán responder a esta pregunta los iniciados en los altos misterios de la *finance*, entre los cuales no me cuento. Lo positivo fué que las acciones de este Banco habían bajado dieciocho enteros en Bolsa, cifra tremenda, y los que impusieron en él sus fondos corrían a recogerlos. Una cola formidable, naciendo en la Carrera de San Jerónimo y estacionándose frente a la Equitativa, se desarrollaba hasta la Puerta del Sol. Millones de pesetas habían sido pagados: felices los primeros que lograron presentar sus resguardos y recoger lo depositado o colocado en cuenta corriente... Libres de la ansiedad, respiraban, mostrando en los semblantes la satisfacción del problema resuelto.

Y yo, entre las oleadas de aquel gentío, pensaba en un aspecto de este caso: en que se está creando en España el mismo elemento que ha salvado a Francia de su total ruina, en la catástrofe de 1871: el núcleo de «pequeños rentistas» que están interesados en que reine el orden y los negocios sigan su curso normal...

Hasta no ha muchos años, pasaba por hombre de ideas arriesgadas el que imponía en Bancos su dinero.

Si aparecía una doña Baldomera, una intrigante mañosa, conseguía atraer a los incautos con el cebo de un tanto por ciento inverosímil: pero, a la vez, el mecanismo de los grandes establecimientos de crédito alarmaba a los mismos que eran capaces de fiarse de una aventurera. Aquellas oficinas donde docenas de empleados, atareados, hacen números y atienden al público; aquellas cajas serias, respetables, de madera y cristal; la leyenda de los subterráneos donde se guarda el oro a montones; lo imponente y grave de la *mise en scène* del dinero, producían una impresión de pavor, la sensación de despoarse de lo que allí quedase, a cambio de un pedazo de papel. Poco a poco, de los escondrijos de las arcas, de las huchas caseras, de los soterramientos bajo un ladrillo, empezó a salir, medroso, acortado, el ahorro de la clase media, y fué afluendo a los Bancos, y acostumbrándose la gente a los talonarios, a ese nuevo papel-moneda, tan cómodo para pagar; fué comprendiéndose la tranquilidad que presta el no tener en casa capitales, que pueden los ladrones domésticos o de fuera confiscar en beneficio suyo... Y los Bancos empezaron a prosperar, y a reeditar, y a facilitar algo la circulación del capital, paralizado en rincones y oculto bajo vigas. No se crea que esto es una leyenda. He sabido de familias que, a la muerte del padre, hallaron un piano relleno de onzas peluconas.

Y por eso es gran lástima que ocurran casos como éste del Banco Hispano Americano, que atacan a la confianza que debe existir en los organismos llamados a facilitar las transacciones y a crear esos «pequeños rentistas» tan útiles. No hay Banco que resista, si en un día le reclaman casi todo su activo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

## LA EMOCIÓN, CUENTO DE CARLOS VAL, dibujo de Mas y Fondevila



De uno de los coches que desfilaban asomó una cabeza sonriente que le saludó

Regresaba pensativo Rogelio del Bosque de Bolonia, en la pacífica apoteosis de un hermoso atardecer iluminado por los rayos melancólicos y pálidos de un veranillo de San Martín.

El aire tibio, pero ya un tanto fresco, rozaba los rostros con voluptuosos estremecimientos de ternura flotante.

Había en suspenso en la atmósfera perfumes de mujeres y un algo de tristeza que sugería una instintiva necesidad de ser amado y de no encontrarse en soledad de corazón ante el espanto del invierno que se aproximaba.

De uno de los coches que desfilaban asomó una cabeza sonriente que le saludó. ¡Era Teresa!

Rogelio se turbó y quedóse inmóvil, en contemplación silenciosa y adoración muda de toda aquella seducción, de aquella mimosa flexibilidad, de aquella belleza maravillosa que acababa de entrever.

\* \*

Desde el día en que había sido invitado a una re-

unión en casa del padre de aquella joven, Rogelio habíase enamorado de Teresa, a quien amaba apasionadamente, con toda su alma, pero con la desconsoladora certidumbre de que jamás tendría el temerario atrevimiento de revelar su secreto ni con un ademán ni con una palabra.

¡Estaba tan distanciado de ella por su pobreza y por la mediocridad de su existencia! ¡Y revoloteaban en torno de sus gracias tantos jóvenes que brillaban por su fortuna, por sus títulos o por sus obras!

Pero ¿por qué la amaba? ¡Era un absurdo, una tontería!

Y sin embargo, cuanto más trataba de convencerse de la demencia de aquel sueño sin esperanza, tanto más volvía a éste su pensamiento; y tenía el convencimiento de que ya no se pertenecía, de que obedecía a la influencia misteriosa de un oscuro magnetismo, de una irresistible imantación.

— ¡Ay! ¡Por qué la he conocido!, decía en los momentos de angustia desesperada. Yo estaba tranquilo, vivía sin cuidados, trabajaba, tenía esperanzas

y ambiciones; y ahora, en cambio, sufro de un mal incurable y siento el vacío en torno y dentro de mí mismo. ¿Por qué, por qué la amo? ¡Qué vergüenza si ella llegase a sospecharlo!

Desde entonces había huido todas las ocasiones de encontrarla, declinando las invitaciones de su padre, humillándose por gusto y refrescando su presunción con esta frase que clavaba mentalmente en lo vivo de su sensibilidad: «¡Vamos a ver, imbécil! Penéstrate bien de la idea de que no eres nada; ten conciencia de lo poco que vales!»

Una vez había vuelto a verla en un baile blanco. Elegantes jóvenes revoloteaban junto a ella, familiares, sonrientes, ingeniosos. Él hubiera deseado mostrarse alegre; pero una tristeza infinita pesaba sobre su pensamiento; una angustia hondísima oprimía su corazón; hubiera querido tomar parte en el baile, dirigir el cotillón, pero sentíase obsesionado por una necesidad imperiosa e instintiva de llorar.

Y en vista de esto, torpe en su timidez, acongojado y maltratado en sus más caros sentimientos,

salió y huyó para esconderse como un animal herido.

Regresó a su casa y una vez en ella mordióse los puños, echándose en cara el ser decididamente un bruto, un oso salvaje, un mal educado y un necio.

Después, con el alma desesperadamente y para siempre invadida por la tristeza, había ido a situarse delante de la puerta de la casa de Teresa, permaneciendo allí horas y horas, con el corazón palpitante, para verla entrar o salir; pero nunca la casualidad le había favorecido.

En todo esto pensaba, mecido por el dulce ensueño que en él provocaran la sonrisa del crepúsculo vespertino y el saludo de Teresa, y sentía su corazón agitado por las sensaciones más deliciosas, cuando el automóvil en que iba la joven, después de dar una media vuelta, se detuvo cerca de él.

Una voz dulcísima invitó a subir.

— ¡Oh, no, señorita, gracias!, respondió.

— ¿Y por qué no?

Rogelio no supo qué contestar. Era tan agradable aquel capricho de mujer y era tan estúpido el rechazarlo, que se habría dado de puñetazos si Teresa no hubiese insistido.

Pero Teresa insistió:

— Suba usted, le dijo. Le llevaré hasta su casa.

\*\*

El peso de su cuerpo al apoyarse en la zancajera hizo doblarse los muelles del auto eléctrico, que volvió a partir silenciosamente.

— ¿Está usted triste?, preguntó con interés la joven a Rogelio.

— Evidentemente no tengo muchos motivos para estar alegre.

— Sin embargo, es usted joven y algún día será usted amado.

— ¿Y por qué será amado?, preguntó Rogelio.

— Porque amaré usted.

La voz de la joven temblaba de emoción al pronunciar aquellas palabras.

Rogelio, después de unos momentos de vacilación, respondió:

— No, jamás amaré; no se ama sino una vez en la vida y yo he amado un imposible; una muralla de oro y de preocupaciones me separan de la que sé que no puede ser para mí.

— ¿Y ha revelado usted su secreto a alguien?

— ¡Oh, no! ¡No he cometido semejante locura!

— ¿Pero está usted seguro de que no le han adivinado?

— Si así fuese, me habría muerto de vergüenza.

La joven quedóse pensativa; volvió la cabeza y una lágrima asomó entre sus párpados.

Rogelio, que había leído en las palabras de Teresa la ingenua respuesta a su confesión, cogió la mano de la joven y exclamó:

— ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Sería posible tanta felicidad? ¡Ah, si usted supiese!..

violetas de Parma que llovían sobre las mejillas puras de la joven, sobre su frente y sobre su cabeza como tejiendo una corona de cariño en torno de su linda cabeza, de sus pensamientos.

— Ahora, dijo Rogelio, todo cuanto verás, todo cuanto tocarás te dirá que te amo; te dirá que eres para mí la luz, la esperanza, el mundo, la vida, y la presencia de mi cariño estará constantemente contigo.

El automóvil se detuvo.

— Ámame siempre, dijo Teresa con acento apasionado y suplicante.

Y Rogelio bajó del carruaje presa de vértigo, con las piernas vacilantes, loco de felicidad.

PARÍS. — EL MUSEO

JACQUEMART-ANDRÉ

Gracias a la munificencia de una dama ilustre, que fué también artista eminente, París cuenta con un nuevo y valiosísimo museo, el Museo Jacquemart-André.

Eduardo André fué uno de los más entusiastas e inteligentes coleccionistas parisienses de la segunda mitad del siglo XIX y, guiado únicamente por su buen gusto, supo adquirir oportunamente y sin ostentación innumerables joyas de arte; su esposa, Nelié Jacquemart, a quien algunos admirables retratos habían conquistado fama de notabilísima pintora, colaboró sabiamente en la obra de su esposo y al morir éste consagróse con todo su fervor artístico a continuarla.

A su fallecimiento, la señora André ha dado una hermosa prueba de su patriotismo y de su desprendimiento legando al Instituto, es decir, a Francia, el palacio del bulevar Haussmann, con todos los tesoros que encierra, y además una importante finca, la abadía de Chaalis, situada en el departamento del Oise.

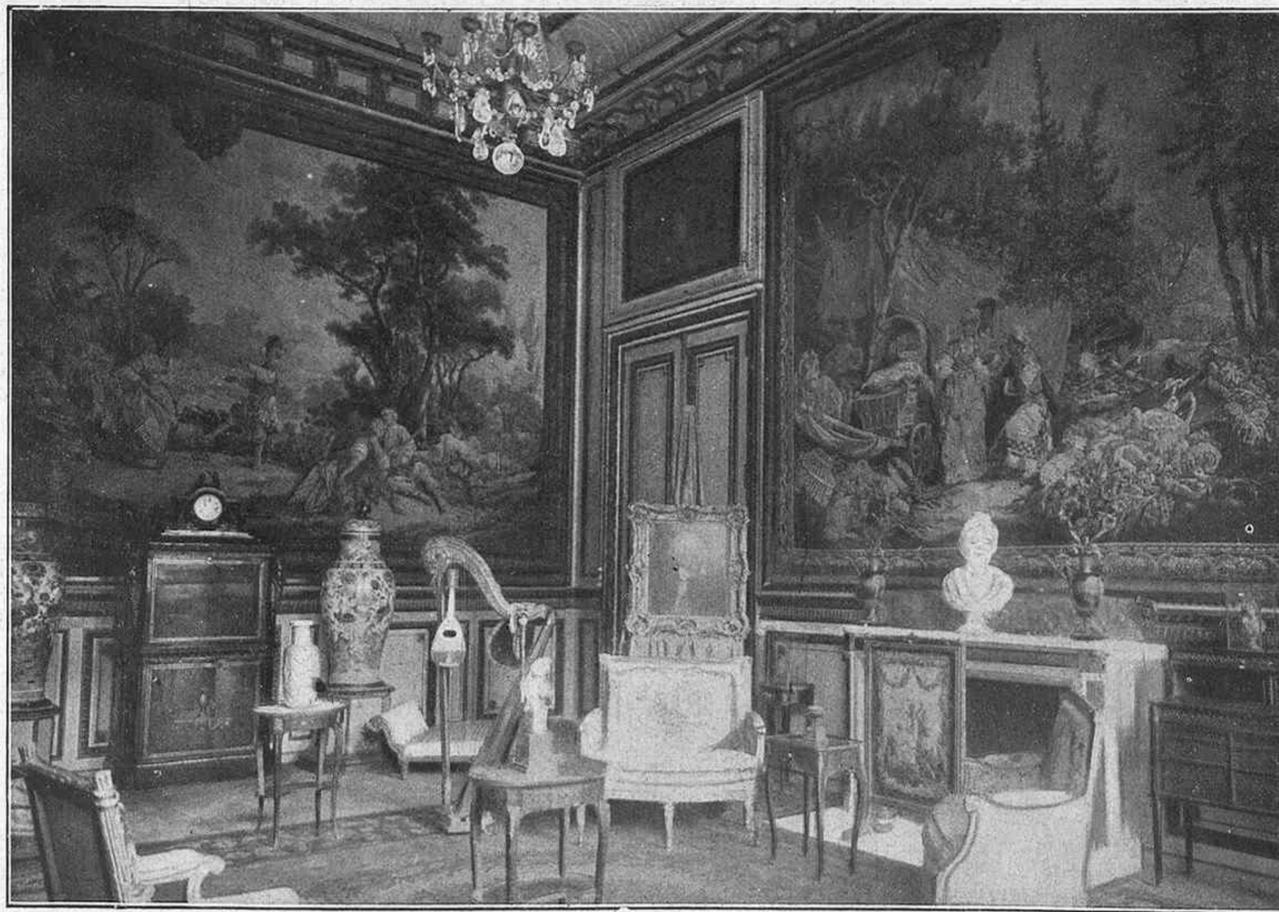
Imposible es en el corto espacio de que disponemos dar idea siquiera de las colecciones que constituyen el nuevo museo. Las mil doscientas treinta y siete piezas que las componen, pinturas, esculturas, tapices, muebles y objetos decorativos, son todas ellas obras maestras; y recorriendo los salones, las salas, las galerías en que aquéllas están distribuidas, experimentase el placer intenso que se siente al visitar, no un museo, siempre frío y que tiene siempre algo de necrópolis, sino una mansión, en donde han vivido verdaderos artistas, que con talento y gusto exquisitos han sabido distribuir todas aquellas joyas de manera que se armonicen unas con otras, formando uno de los más bellos conjuntos que es dado contemplar.

En el Museo Jacquemart-André encuentranse reunidas obras de los grandes maestros flamencos Van Dyck, Franz Hals, Jordaens y Rembrandt; de nuestro incomparable Goya; de los ingleses Hoppner, Reynolds y Lawrence; de los italianos Donatello, Desiderio de Settignano, Lucca della Robbia, Botticelli, Carpaccio, Verrocchio, Mantegna y Signorelli; y de los franceses Greuze, Fragonard, Watteau, Lagouillière, Boucher, Nattier, Hebert, Houdón, Falconet, Lemoyne, Clodion, Pigalle, Le Prince y Coysevox. Mas no son éstas las únicas firmas que allí se admiran; hay muchísimas más que sería prolijo enumerar, todas ellas notables y todas representadas por obras de singular belleza.

La inauguración oficial del Museo efectuóse el día 8 de este mes, habiéndola presidido el presidente de la República Sr. Poincaré, quien visitó detenidamente las salas del Museo admirando sus principales joyas.



París. El nuevo Museo Jacquemart-André. — El Salón del Renacimiento (De fotografía de Harlingue.)



París. El nuevo Museo Jacquemart-André. — El salón de los tapices de Beaurais ejecutados según los cartones de Le Prince. Sobre la chimenea, un friso de Clodion. (De fotografía de Harlingue.)

Teresa sollozaba y Rogelio cubría de besos sus manos, su frente y sus cabellos. Besos suaves como

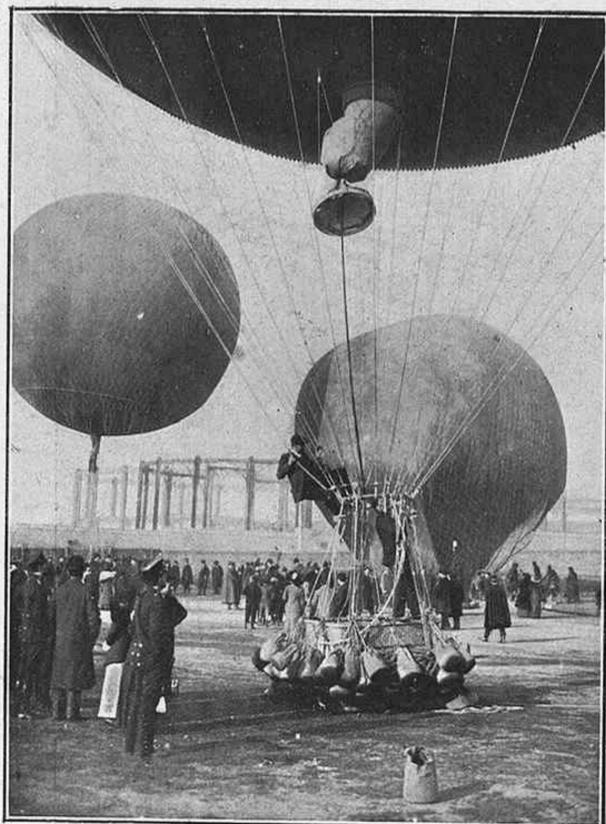
la República Sr. Poincaré, quien visitó detenidamente las salas del Museo admirando sus principales joyas.



Retrato de la señora André, por Hebert. - Matilde de Canisy, marquesa de Antin, por Nattier. - La primera sesión de una modelo, por Fragonard  
Estatua de la Victoria, mármol antiguo. - La gloria de Catalina II, por Falconet

MADRID. - CONCURSO DE AVIACIÓN

El domingo, 14 del actual, efectuóse el concurso de aerostación organizado por el Real Aero Club de España para adjudicar la copa donada por el conde de San Esteban de Cañongo.



Madrid. Concurso de aerostación organizado por el Real Aero-Club. - Últimos preparativos para la elevación de los globos. (De fotografía de J. Vidal.)

A las ocho de la mañana comenzaron en el Gasómetro los preparativos, dirigiendo los trabajos el coronel Vives, auxiliado por varios oficiales, clases y soldados del Parque de Aerostación.

A las diez y media se dió suelta al primer globo, el *Saturno*, de 1.600 metros cúbicos, tripulado por el Sr. Perogordo, a quien acompañaban como viajeros los señores Ferry, Acedo y Tordesillas.

Tres minutos después elevóse en los aires el *Nepituno*, de 900 metros cúbicos, llevando como piloto al Sr. Pruneda y como pasajero al Sr. Del Valle.

A las diez y cuarenta y tres emprendió su ascensión el *Sirio*, de 2.200 metros cúbicos, pilotado por el Sr. Herrera y llevando de pasajeros a los señores Dávila, Balseiro, Souza y Pérez Núñez.

Cinco minutos más tarde fué soltado el *Viscaya*,

de 900 metros cúbicos, en que iba sólo el piloto señor Romero Ibarreta.

A las once y diez salió el *Fernández Duro*, de 2.000 metros cúbicos, pilotado por el Sr. Oetli y llevando como pasajeros a los señores Mauvais, Adaro y Lezama.

Quince minutos después, dióse suelta al *Montaña*, de 2.000 metros cúbicos, que llevaba de piloto al Sr. Magdalena y de pasajeros a los señores Rodríguez, La Morena y Martín Rosales.

Finalmente a las once y cuarenta y cinco partió el *Gerifalte*, de 1.600 metros cúbicos, con el Sr. Lauffer de piloto y los señores Montero, Arado y Peña de pasajeros.

Todos los globos hicieron hermosa salida y tomaron la dirección Noroeste.

Presenció todas las operaciones el presidente del Real Aero Club, marqués de Alhucemas y acudió al acto numeroso y distinguido público.

LA GUERRA CIVIL EN MÉXICO

Prosigue la guerra civil en aquella República, con todos los horrores consiguientes.

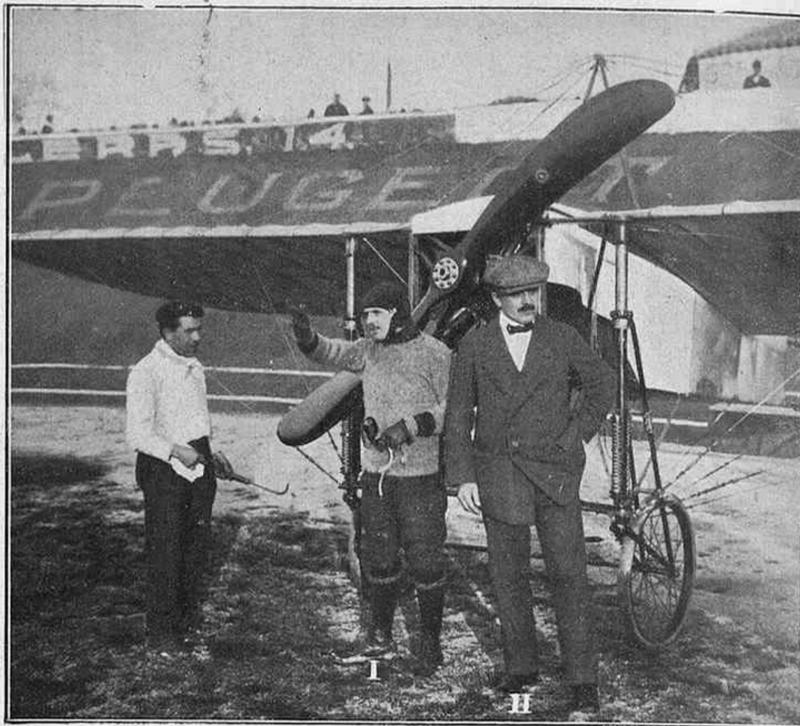
Los constitucionalistas, después de haberse apoderado de Chihuahua, atacaron la ciudad de Tampico mandados por el general Villa habiendo llegado a hacerse dueños de la orilla izquierda del río y obligado a los federales a abandonar algunas de sus posiciones avanzadas; pero después de varios días de combate, han sido completamente derrotados, y se han visto obligados a huir perseguidos activamente por los federales y, al decir de éstos, enteramente desmoralizados.

Los norteamericanos, alemanes y españoles que huyeron de Chihuahua y se refugiaron en el Paso, dicen que en aquella ciudad ejerce de dictador el general Villa, quien ha rechazado las demandas de los extranjeros, y se ha apoderado de varios almacenes pertenecientes a éstos y cuyas mercancías valen más de tres millones quinientos mil dólares.

En cambio otras noticias procedentes también de El Paso, anuncian que se ha celebrado allí un consejo de jefes constitucionalistas, y que éstos, en vista de las reclamaciones de los Estados Unidos y de lo sucedido en Chihuahua, acordaron enviar a esta última ciudad al general Carranza para que restablezca la normalidad y evite la repetición de hechos que podrían promover conflictos de carácter internacional.

El Congreso nacional ha suspendido sus sesiones

hasta el 2 de abril después de haber ratificado sus poderes al general Huerta quien queda así convertido en un verdadero dictador.



Madrid. - Los aviadores Domenjoz (1) y Garnier (2) después de los vuelos invertidos efectuados por el primero en el aeródromo de la Ciudad Lineal. (De fotografía de J. Vidal.)

MADRID. - LOS VUELOS DE DOMENJOZ

En el aeródromo de la Ciudad Lineal, ha realizado sus admirables vuelos invertidos el aviador francés Sr. Domenjoz, quien después de haberse remontado a alturas variables entre 200 y 1.000 metros, efectuó virajes sobre ambas alas, saltos mortales, descensos en espiral, vueltas de campana, en una palabra todas esas proezas incomprensibles que sólo pueden llevar a cabo los maestros de la aviación.

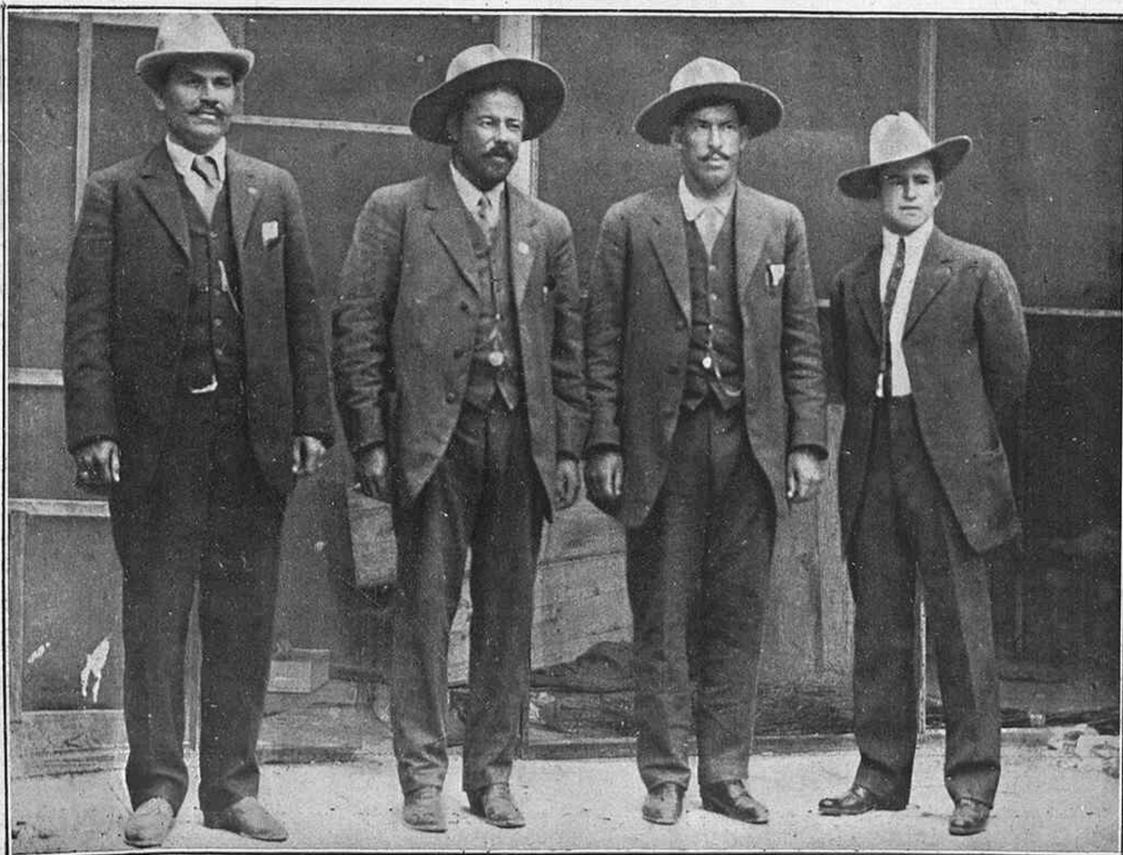
Los vuelos de Domenjoz han sido presenciados por millares de personas que han tributado ovaciones entusiastas al intrépido aviador.



Arturo Hoffmann, elegido presidente de la Confederación Helvética para el año 1914. (De fotografías de Archives du Miroir.)

NUEVO PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA

Por 180 votos entre 194 votantes ha sido elegido presidente de la Confederación Suiza para el año 1914 el coronel Dr. Arturo Hoffmann, de Saint-Gall. El Sr. Hoffmann nació en 1857, perteneció durante algún tiempo al departamento de la Justicia y era desde hace dos años jefe del departamento militar federal y vicepresidente del Consejo federal. Perteneció al partido radical democrático y es hombre de gran energía y orador distinguido.



La guerra civil en México. - Los jefes constitucionalistas. El segundo personaje de la izquierda es el general Villa, a quien acompañan sus lugartenientes. (Fot. comunicada por C. Trampus.)

BARCELONA. - VISITA DE LA ESCUADRA INGLESA

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



El público presenciando desde los muelles y desde el nuevo edificio del Real Club de Regatas la entrada de la escuadra

Durante la semana pasada ha visitado nuestro puerto la escuadra inglesa llamada *Home Fleet*, que manda el almirante sir Stánley C. Colville y en uno de cuyos buques va como guardia ma-

monta ocho cañones de 15'2 centímetros en sus torres de cubierta y entre ellos van intercaladas cuatro piezas de 76 milímetros y otras cuatro de 47 para salvas. Está dotado de dos tubos lanzatorpedos.

Los demás cruceros protegidos fueron botados al agua entre 1909 y 1912; miden 117 metros de eslora por 12'50 de manga y 4'12 de puntal y desplazan 3.414 toneladas. Poseen turbinas que, movidas por el petróleo, desarrollan una fuerza de 17.000 caballos de fuerza nominales e imprimen a los barcos una velocidad de 26 millas por hora. Montan diez cañones de 101 milímetros y llevan dos tubos contratorpedos.

La entrada de la escuadra fué presenciada por numeroso público, y en cuanto hubo fondeado, subieron a bordo del *Cóllingwood*, buque insignia, un representante del comandante de Marina, el cónsul general de Inglaterra, Mr. Roberts, el vicecónsul, Mr. Loly, y el cónsul comercial, Míster Smíther, quienes cumplieron al almirante.

Poco después desembarcó el almirante, quien, con el comodoro Sr. Coodenough, el cónsul y el vicecónsul, visitó al alcalde y demás autoridades.

Por la noche, los jefes y oficiales de la escuadra fueron obsequiados por la Cámara de Comercio inglesa de Barcelona con un espléndido banquete que se celebró en la Maison Dorée y al cual asistieron el embajador de Inglaterra en España Sr. Hardinge, las autoridades, varios miembros de la colonia inglesa y distinguidas personalidades barcelonesas.

El Ayuntamiento obsequió al almirante, jefes y oficiales con un banquete que se efectuó en el Salón de Ciento y organizó en honor suyo una función de gala en el teatro del Liceo, que ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades.

Además se han celebrado en honor de los marinos ingleses diferentes funciones deportivas a las que ha concurrido la alta sociedad barcelonesa.

El almirante correspondió a estos obsequios con una recepción y un banquete de gala a las autoridades a bordo del *Cóllingwood*



El almirante Mr. Stánley C. Colville (1), el comodoro Mr. Coodenough (2) y el cónsul de Inglaterra en Barcelona míster Federico Roberts (3).

rina el príncipe Alberto, hijo segundo del rey Jorge V de Inglaterra.

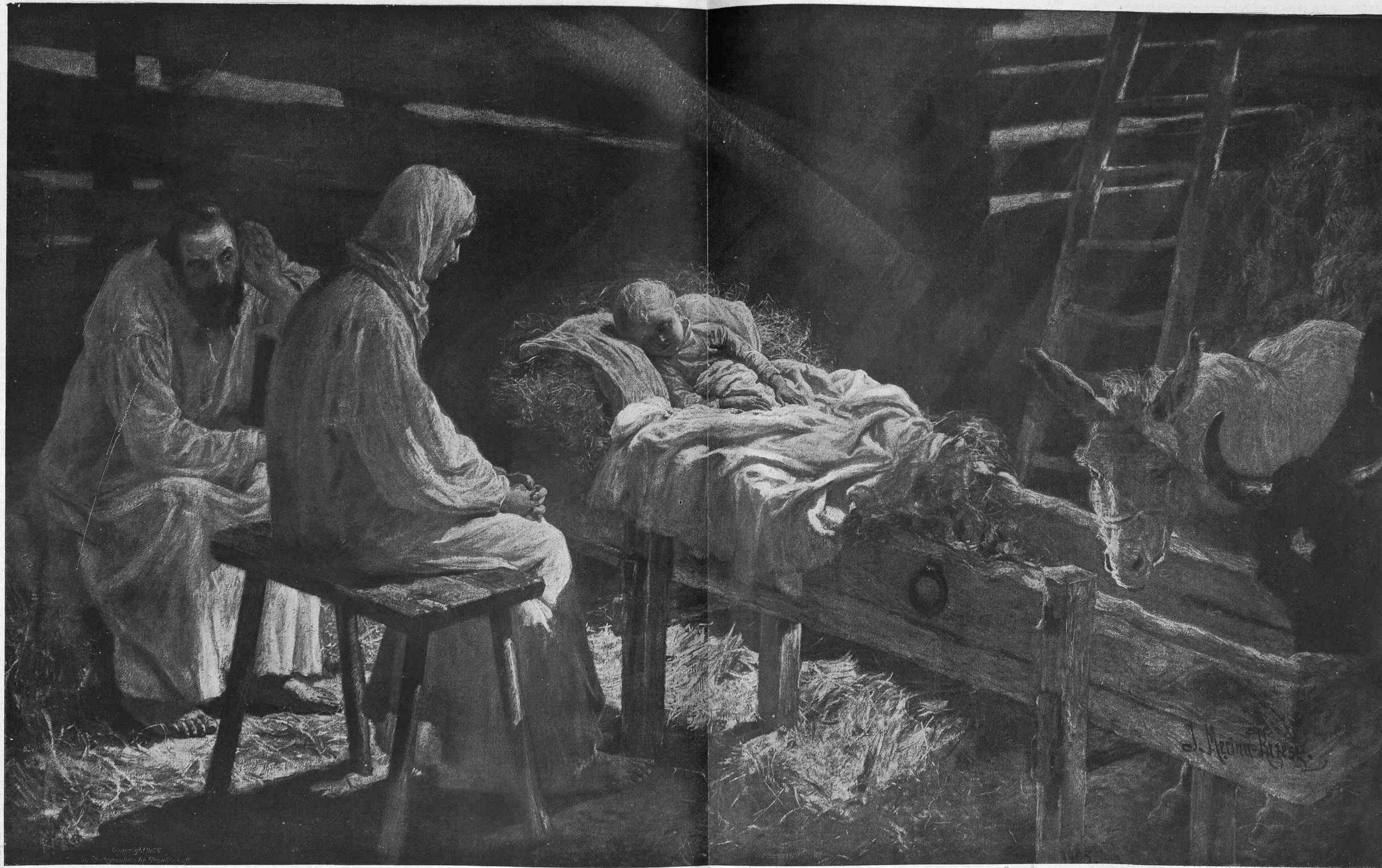
Compónese esta escuadra, de cuatro «superdreadnoughts»: el *Cóllingwood*, el *Temeraire*, el *Súperb* y el *Bellérophon*, y de cinco cruceros protegidos: el *Southampton*, el *Féarles*, el *Bellona*, el *Active* y el *Amphion*.

Los «superdreadnoughts» son todos del mismo tipo y fueron botados al agua entre los años 1907 y 1909; cada uno de ellos desplaza 19.550 toneladas, miden 155 metros de eslora y 25 de manga, y sus máquinas desarrollan una fuerza de 26.000 caballos nominales que imprimen a los buques una velocidad de 21'5 millas por hora. Montan en sus cinco torres de cubierta diez cañones de 30'5 centímetros, y en sus baterías de ambas bandas 16 piezas de 10'2 centímetros, además de otras de pequeño calibre, ametralladoras y cañones de desembarco. Llevan en el centro del barco, algo hacia la proa, dos palos con cofas militares y aparatos de radiotelegrafía y reflectores eléctricos; están dotados de cinco tubos lanzatorpedos y sus dotaciones constan de 800 plazas.

El crucero protegido *Southampton* desplaza 5.300 toneladas, mide 130 metros de eslora por 14'8 de manga y 5'10 de puntal y lleva 22 calderas Yarrow cuyas aguas ponen en ebullición el petróleo. Fué construído en 1911 y



El crucero protegido «Southampton», primer buque de la escuadra que entró en el puerto

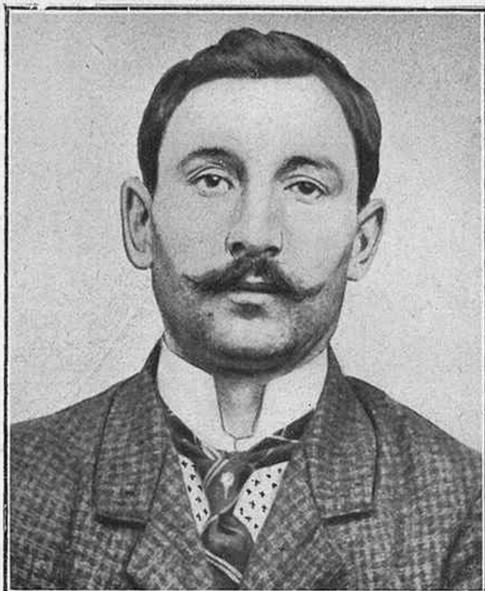


EL SUEÑO DE JESÚS, NOTABLE CUADRO DE MECINA KRZESZ. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)

## EL HALLAZGO DE «LA GIOCONDA»

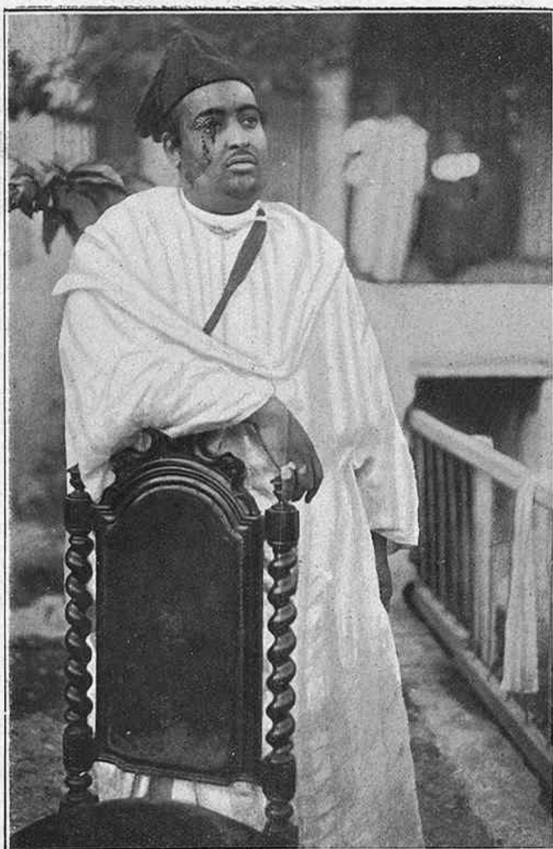
El admirable y famoso cuadro de Leonardo de Vinci *La Gioconda*, que fué robado del Museo del Louvre, de París, el 21 de agosto de 1911, y de cuya misteriosa desaparición tanto se ocupó la prensa de todo el mundo, ha sido recuperado recientemente en Florencia en el momento en que el individuo que lo sustrajo trataba de venderlo al anticuario Alfredo Geri. He aquí las circunstancias en que se ha realizado el hallazgo de esta joya.

Hace poco tiempo, el mencionado anticuario puso un anuncio en el que decía que



El obrero italiano Vicente Perugia, que robó del Museo del Louvre, hace dos años, el famoso cuadro de Vinci *La Gioconda*, recuperado recientemente en Florencia. (De fotografía de Archives du Miroir.)

deseando organizar una exposición artística, estaba dispuesto a comprar objetos de arte, de cualquiera clase que fuesen. Algunos días después recibió una carta firmada por un *Leonardo Vincenzo*, que luego ha resultado ser Vicente Perugia, proponiéndole la venta de *La Gioconda*. Geri contestó que no tenía



Ultimo retrato del Jalifa de Tetuán Muley Mehedy, fotografía hecha en la intimidad por A. Rectoret.

inconveniente en entrar en negociaciones y después de cruzadas varias cartas y de haber sido aceptada en principio por aquél la pretensión del supuesto Leonardo, que pedía por el cuadro medio millón de francos, convino en el modo cómo el vendedor había de efectuar su viaje a Florencia.

Perugia llegó a aquella ciudad el 10 de este mes, hospedándose en el hotel Tripoli, y el mismo día recibió la visita de Geri acompañado de otro sujeto, a quien el anticuario presentó como hombre muy experto en materias artísticas y que debía dictaminar

acerca de la autenticidad del cuadro. Perugia abrió la caja de madera que contenía el famoso lienzo, mas como la estancia era muy oscura y no había modo de examinar la obra en buenas condiciones,



*La Gioconda*, famoso cuadro de Vinci que hace dos años fué robado del Museo del Louvre y que ha sido recuperado en Florencia

convinieron en que al día siguiente iría Perugia al Museo de Florencia. Allí fué, en efecto, y el industrial, amigo de Geri, que no era otro que el comendador Poggi, director del *Museo degli Uffizi*, después de examinar detenidamente el cuadro, dictaminó que la autenticidad del mismo no ofrecía la menor duda. Mientras se cerraba definitivamente el trato, Perugia recogió el lienzo para trasladarlo nuevamente a su cuarto del hotel, en tanto que Geri avisaba a la policía. Personados el jefe de ésta, un comisario y varios agentes en la fonda, procedieron a la detención de Perugia.

El cuadro quedó en depósito en el citado Museo de los Uffizi y en cuanto el gobierno italiano tuvo noticia del hallazgo de *La Gioconda*, el ministro de Negocios Extranjeros marqués de San Giuliano apresuró a poner el hecho en conocimiento del embajador de Francia Sr. Barrere, el cual dió cuenta de ello al gobierno francés.

Perugia, que, como pintor de brocha gorda había estado empleado en el Louvre, ha dicho que robó el cuadro aprovechando la circunstancia de hallarse aquel día cerrado el museo para el público; que se-

paró el marco del lienzo y abandonando aquél en un corredor, se escondió la tela debajo de la blusa y salió sin ser visto de nadie; y que se llevó *La Gioconda* a su casa, en donde la ha guardado hasta ahora. Y explica que el móvil del robo fué el deseo de vengar los robos artísticos realizados en Italia, su patria, por Napoleón I, explicación que no se compagina con su ofrecimiento a Geri de venderle la famosa pintura.

La noticia del hallazgo de *La Gioconda* ha causado gran sensación en todo el mundo y producido gran satisfacción especialmente en Francia.



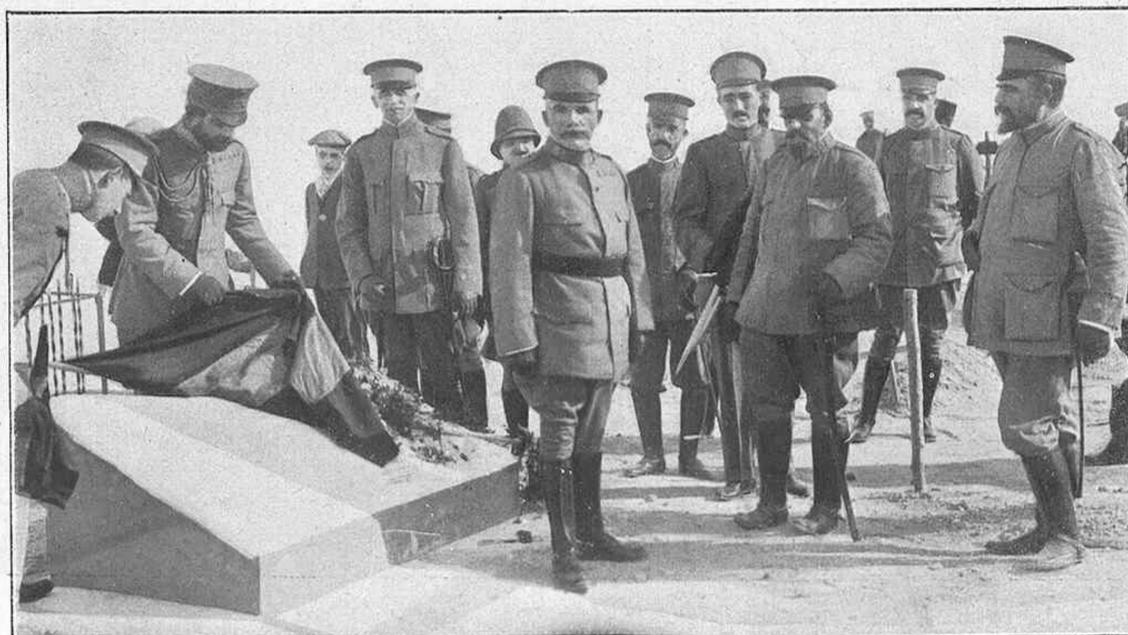
El anticuario de Florencia Alfredo Geri, a quien se dirigió Perugia proponiéndole la venta del cuadro *La Gioconda* y a quien se debe la recuperación de la famosa pintura y la detención del ladrón. (De fotografía de Argus.)

## NOTAS MARROQUÍES

El inteligente y activo reportero fotográfico señor Rectoret fué llamado hace pocos días por el Jalifa de Tetuán para que le retratase en su palacio. Uno de los retratos obtenidos es el que en esta página reproducimos.

Las fuerzas de Infantería de guarnición en Melilla, con motivo de la festividad de la Purísima, patrona del arma, oyeron misa de campaña, después de la cual desfilaron delante del general Jordana.

Varios jefes y oficiales fueron luego a depositar coronas y flores sobre las tumbas de los héroes muertos en la campaña.



Melilla. — En honor de los héroes muertos en la campaña. El general Villalba y algunos jefes y oficiales de Infantería colocando, el día de la Patrona de esta arma, flores y coronas en la tumba de sus compañeros. (De fotografía de Lázaro.)

## GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONCLUSIÓN.)

## XII

- Gilbertita, ven un poco a la terraza.

La muchacha acudió, risueña, con un aire de tier-

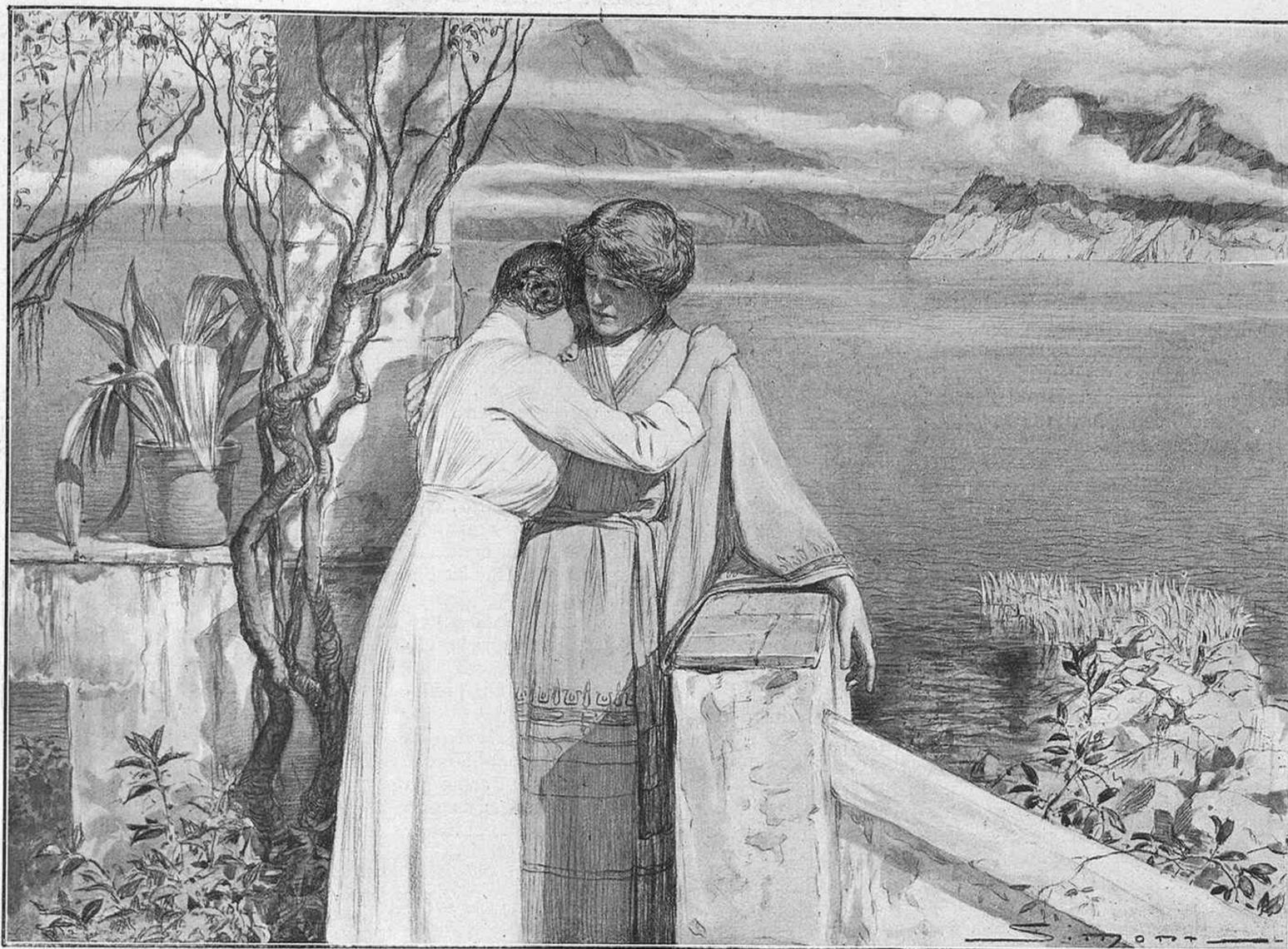
berta que notó su palidez, su boca convulsa, y el gesto con que estrechaba papeles en la mano.

La novelista no contestó. Ambas tomaron la calle invadida por los romeros, los espliegos y las mentas

- Desde el día siguiente a su partida.

- Hace cinco días, observó Gilberta. ¡Y no me dijiste nada!

Su madrina meneó negativamente la cabeza.



Otra vez, la cabeza de su ahijada busco el refugio de su hombro...

na solicitud. La alegría de vivir florecía ahora en su rostro encantador. Esta alegría no quería ser ingrata. Así es que se ofrecía como una recompensa a la maternal criatura que era autora de la misma. Cuando Gilberta repetía: «¡Ay, madrina, qué feliz soy!», esto implicaba vagamente: «Se ha cumplido el fin de tu vida. No te pese haber tenido preocupaciones y cuidados por mí. Tienes la sonrisa de tu hija adoptiva, sus besos de gratitud. ¿No estás enteramente satisfecha?»

Es el imperialismo de la juventud, la única que tiene derecho a la vida, al porvenir. Gilberta no era más egoísta que todo corazón filial de veinte años. ¿Y cómo no había de engañarse?... El hecho de reír y cantar por la casa, su melancolía disipada, su naturaleza perdiendo su rigidez y recobrando su flexibilidad como un árbol joven que cesan de mantener arqueado, sus brazos y sus labios repitiendo las caricias y los mimos de la infancia, ¡todo esto regocijaba tanto a Claircoeur!

- Sé feliz, hija mía. Sé feliz... tú, al menos. Es todo lo que deseo, murmuraba la tía Gil, inclinándose por las noches hacia la almohada sobre cuya blancura se destacaban las trenzas castañas de su sobrina.

Era todo lo que la novelista quería desear. Y era sincera en su voluntad. Apreciaba la dulzura de arropar en su «camita», como antes, a su niña grandullona, que últimamente y desde hacía demasiado tiempo, no lo permitía ya, echaba el cerrojo, se encerraba insociablemente con sueños que no decían su secreto.

En la confianza y compañerismo que había vuelto, Claircoeur la llamó aquella mañana:

- Ven a la terraza.

- ¿Le pasa a usted algo, madrina?, preguntó Gil-

que despedían fuertemente su fragancia en aquella húmeda mañana. Llegaron bajo las glicinas. La lluvia, una borrasca había destruido las últimas flores. Pero el follaje delicado formaba todavía aquel abrigo, semejante de lejos a los emparrados cuyas guirnaldas adornan los vasos griegos, aquel abrigo cuya imagen se llevaba el viajero diciendo para sus adentros:

- ¡Qué bien se debe vivir ahí!

Las dos mujeres se sentaron en el fondo, en el banco rústico.

- Gilberta, hija mía, te sientes capaz, ¿no es cierto?, de aceptar una misión, y de guardar un secreto. La misión... sería por si yo desapareciese...

- ¡Oh!, ¡madrina!..

La frase fúnebre fué ahogada por una exclamación y un beso.

- Hija mía, voy a causarte pena. Pero creo que es indispensable.

Vió azorarse el rostro de la joven.

- Lee esta carta de tu padre.

Un grito:

- ¡Oh!.. ¡Papá retira su autorización!.. Papá quiere impedirme...

La mano de Claircoeur, con una presión rápida, detuvo aquella alarma.

- Se trata de tu hermano.

Un imperceptible salto de alivio. Siempre se soportan mejor las penas ajenas que las propias.

Gilberta exclamó:

- ¡Bernardo no ha regresado a París!

- ¿Lo sabías?

- No, madrina. Pero me lo temía.

- Yo estaba segura, murmuró Claircoeur.

Gilberta, profundamente asombrada, la miró,

- ¿Estabas segura? ¿Desde cuándo?

- ¿Has prevenido a sus padres?

- No. Pero, lee antes, Gilberta. Después comprenderás. Lee lo que tu padre me escribe.

Gilberta leyó:

«París, 27 de agosto.

»Mi pobre Gil:

»No sé en qué términos debo dirigirme a usted:

»Me es doloroso compartir la indignación de mi mujer, hablar a usted como me incita a que lo haga. Sin embargo, nuestra pena es inmensa, y me veo obligado a reconocer que es a causa de usted.

»Crea usted que fué sin el menor entusiasmo como ratifiqué el desatino de mi hija, y me resigné a verla abrazar la azarosa carrera hacia la cual la imprudencia de usted la empujó...

- ¡Esto es indigno!, exclamó Gilberta.

- Continúa. Eso no tiene la menor importancia.

- ¡Cómo que no tiene!..

- Continúa.

»Pero, ahora que usted favorece la rebelión de nuestro hijo, que usted le da los medios de hacernos frente, que usted lanza a ese desgraciado muchacho hacia las peores aventuras, introduciendo el duelo y las lágrimas en nuestro hogar, declaro a usted que eso ya es demasiado, y que, según la voluntad formal de Luisa, a la cual me adhiero, no existe usted ya para nosotros.

»Todo cuanto puedo añadir, en descargo de usted (porque yo no quiero creer en una intención consciente de su parte en esa obra abominable) es que usted no sabía el uso que Bernardo haría del dinero que su debilidad de usted le proporcionó. Nos escribe de Liverpool, donde se embarca para América, que volverá a Francia como uno de los mejores aviadores del mundo o que no le volveremos a ver jamás.

»Añade que no tengamos ninguna inquietud sobre su vida material. — Por consiguiente, tiene dinero.

»Y ¿quién se lo dió sino usted? Se fué de las Glicinas para realizar un proyecto al cual había renunciado. Nos había prometido no pensar más en tal proyecto, él que nunca mintió. ¡Un muchacho tan recto! ¿Cómo no creer, con su madre, que usted volvió a meterle su quimera en la cabeza, que usted le facilitó los medios de realizarla?

»No llevo la cosa, como Luisa, al extremo de acusar a usted de una mala acción, de una venganza meditada. Pero reconozco en eso el espíritu romántico de usted, su imprudencia. Y le grito: Gil de Claircoeur, yo le había confiado a mi hijo. ¿Qué ha hecho usted de él?

»Un padre desesperado.

»Teófilo Andraux.

»P. D. — Que Gilberta siga escribiéndome al Ministerio. Mi infortunada Luisa no podría soportar el ver su letra. En cuanto a usted, mi pobre Gil (¡Ay! este nombre familiar brota a pesar mío de mi pluma. ¡Y decir que también la llamaba a usted «mi hermana»!), no escriba a casa. Se le devolverían a usted las cartas sin abrirlas.

»2.ª P. D. — ¿Es verdad que sus inconsecuencias la han conducido a usted a dificultades pecuniarias? Un empleado de mi oficina, amigo de un tal Grandet — ¡que usted debe conocer! — asegura que se ve usted reducida a pedir anticipos sobre el importe de sus trabajos. Dicen que ha pagado usted las deudas del Sr. Fagueyrat, y sumas considerables al marqués de Sepol. Usted me dirá que es cuenta de usted. Es verdad. Pero, en las actuales circunstancias, debo prevenir a usted: no cuente usted con nosotros. Las pobres economías, reunidas para nuestra inocente Lilia, a fuerza de privaciones y de trabajo, no deben ir a parar al abismo...»

A la palabra «abismo» seguía una línea de puntos suspensivos — quizás para hacer presentir mejor un horror insondable, quizás para evitar una definición demasiado cruel.

Gilberta, que había leído cada vez más lentamente, levantó una cara más blanca que su camisolín de batista.

— ¡Las economías de Lilia!, observó desde luego. Conozco muy bien las economías de Lilia. Están constituídas únicamente por los regalos en dinero que le haces por Año Nuevo y el día de su cumpleaños.

— Deja, dijo Claircoeur.

— En efecto, dejemos eso. ¿Qué es esa historia de Bernardo? ¿De modo que no ha vuelto aún a su casa?

— No.

— ¿Y tú estabas al corriente de eso, madrina? No es posible. No puedo creerlo.

— Recordarás que Bernardo se marchó el jueves por la tarde. Mañana hará ocho días.

— Perfectamente.

— El viernes por la mañana, recibí una carta de él, echada al correo de Lucerna.

— ¡Una carta!.. No me has dicho nada.

— Nunca lo hubiera dicho a alma viviente. Pero tus padres me acusan. Quiero tener un testigo. Quiero que tú, Gilberta, sepas la verdad. Con la condición de no revelarla a nadie mientras yo viva. Después de mi muerte...

— ¡Madrina!..

— Te servirás de ese secreto según las circunstancias, según tu corazón. Nunca para causar perjuicio a Bernardo.

— ¡Perjuicio a Bernardo!.. ¡le quiero demasiado! De toda mi familia Andraux, es el que más quiero. Es un tipo bastante original. Yo sabía muy bien que mi padre no lograría hacer de él un covachuelista.

— Gilberta, escucha... yo creo, a pesar de todo, como tú, que es un tipo bastante original. Sin embargo, ha cometido una acción muy grave. Se la perdono. Y, si te la revelo, es porque alguien, en el caso de que yo desaparezca, pueda decirle que se lo perdono.

Un temblor sacudió a Gilberta.

Ésta calló, fijando en su madrina sus grandes ojos llenos de espanto.

— He aquí su carta, dijo la novelista.

Y temblaba también al presentar el papel a Gilberta.

«Lucerna, jueves, por la noche.

Querida tía Gil:

Quizás le doy este nombre por última vez. Va

usted a maldecirme, a llamarme «pequeño miserable». Es posible que todavía sea usted mucho más cruel.

»¡No importa! todo lo aventuro, hasta el causarle a usted pena, cosa que siento mucho. Pero la vida puede más. ¡Si usted supiese cómo hierve en mis venas!

»El caso es el siguiente, tía Gil. El cheque que usted me confió, para que papá lo cobrase y le remitiera a usted el dinero — lo cobraré yo mañana en París a menos de que usted prevenga telegráficamente — en cuyo caso me prenderán en seguida como ladrón.

»Soy un ladrón, tía Gil — un ladrón que toma prestado, porque le devolveré todo el dinero, a interés compuesto... Y pronto, a no ser que me rompa las alas. Lo confieso, por escrito, que soy un ladrón. Puede usted hacerlo proclamar públicamente mañana. A decir verdad, creo que no lo hará usted. La conozco, admirable tía Gil. Pero no quiero decir que la quiero más que a mi propia madre... Parecería que la engatuso para sacarle más fácilmente la gaita.

»Soy ya un malvado. El corazón me palpará de vergüenza y de miedo, al abrir yo mañana la puerta de la oficina, dónde me entregarán el dinero de este cheque, firmado por usted — pero donde, quizás, me echarán el guante.

»Si me llevo el dinero... — ¡Oh!, ¡una vez ya en la calle, cómo la bendeciré a usted, tía Gil! — será la primera vez en mi vida que habré tenido vergüenza y miedo. Me marcharé a América, aprenderé a volar, me lanzaré a las hazañas más peligrosas, afrontaré los mayores peligros, para volver luego a Francia, a poner mi osadía, mi sangre, mi vida, al servicio de nuestro ejército, en el que sentaré plaza. Seré aviador militar, como el gastador Paulhan, como Legagneux. Ganaré circuitos terribles, con frío, con lluvia, con viento, de noche, en el espacio espantoso y solitario, como Alfredo Leblanc. Me condecorarán, como a ellos, tía Gil..., si usted no me ha hecho prender y procesar.

»Se lo juro a usted, tía Gil... se lo juro!.. O entonces habré muerto. Me habré destrozado en el suelo como un muñeco que se disloca, o habré cocido en la esencia de mi motor. (El aviador Andraux prefiere esperar, como la liebre.)

»Tía Gil, créame usted... ¡Perdóneme!.. No la beso, porque no soy digno. Beso la arena, ahí, en el paseo del jardín, en las Glicinas, entre los espliegos que usted ha pisado, y que tan bien huelen cuando el pie de la admirable tía Gil les ha hecho el honor de aplastarlos.

»Su pequeño miserable.

»Su gran loco.

»Su Bernardo.»

«P. D. — Lo que no quisiera es que usted me perdona a causa de los otros... ¡Eso sí que sería para mí un castigo! A los otros... les escribiré, pierda usted cuidado. En cuanto a mi Berta, ya no está bajo su potestad. La felicito y la abrazo.»

El temblor que sacudía a Gilberta se acentuó al leer las líneas escritas con un carácter de letra que aun era casi pueril. Claircoeur, por el contrario, recobró su calma, el dominio de sí misma. Así es que recibió con un gesto tranquilizador a la muchacha, que se abatió contra su hombro en una crisis de sollozos convulsivos.

— ¡Madrina..., oh madrina..., qué horror!.. ¡Nuestro Bernardo..., qué horror!..

— ¡Calla!.., dijo una voz dulce. No ha pasado nada.

El joven rostro trastornado se levantó y se apartó interrogador. ¡Cómo!, ¿no había pasado nada? ¿Se había podido arreglar? Pero ¿y la carta del Sr. Andraux?

— No, repuso Claircoeur. Olvidemos eso... No hablemos más de ello. Miremos al porvenir. Miremos arriba...

Esto diciendo, designaba al cielo, donde grandes copos blancos se perseguían sobre la azulada bóveda, como si las montañas hubiesen echado por encima del lago sus gorros de nieve.

— Sí, mi Gilberta, miremos con frecuencia arriba. El mejor día, veremos surgir un punto negro, que se ensanchará en dos alas de tela y nuestro Bernardo bajará. Volverá por un camino sin impurezas. La mancha de lodo que lleva al partir se habrá vuelto como ese polvo tan fino que baila en un rayo de sol a través de una habitación oscura. Pero no será ya visible, puesto que, para mirar arriba, abriremos las ventanas de par en par.

Al terminar esta frase, Claircoeur cogió la carta

de Bernardo, la rompió en pedacitos, avanzó el brazo y arrojó el puñado de pedacitos por encima de la balastrada, entre las ramas de la glicina que colgaban sobre el agua.

Gilberta se asomó precipitadamente a la barandilla. ¿Temía acaso que quedara algún resto de la carta entre el follaje?

En la superficie del agua, de una pureza transparente y que verdeaba lago adentro, los pedacitos de papel formaban un menudo montón blanco. Pero el oleaje, aunque muy débil, ya lo disgregaba. Varios peces, tomándolos por una presa, saltaron a la superficie y desaparecieron con las partículas. Misteriosas corrientes arrastraron a otras. Algunas quedaban, mecidas por una ola. Y las había que se internaban, empujadas por una brisa apenas imperceptible.

Gilberta se obstinaba en permanecer allí hasta no distinguir el menor punto blanco sobre el agua verdosa. Su madrina la cogió cariñosamente por la cintura:

— Ven, se acabó. Vámonos adentro.

La muchacha besó largamente, en silencio, a la tía Gil. Pero sus labios temblaban, como agitados por una palabra que no se atrevía a decir.

— Calla, Gilberta. Concedámosle el crédito del porvenir, como pide.

— No es eso. Usted es buena..., generosa... Pero ¿y el dinero?

— ¿Qué dinero?

— El de..., del cheque.

— Una cantidad bastante considerable, relativamente al menos.

— ¿Relativamente... a qué?

— A la necesidad que yo tenía de ella, como dinero contante, disponible... Grandet acababa de depositarlo a mi cuenta en la Sociedad Universal. Ya has visto que tu padre habla, en su carta, de un tal Grandet.

— Un nombre de Balzac.

— Sí, un nombre. Y también un personaje de Balzac. Es un señor que tiene por profesión oficial la fabricación de cajas para flores, cajas de madera, cajas de cinc... Pero su verdadera caja es la que abre a los literatos tronados... Les adelanta dinero y se reembolsa, con usura, sobre sus producciones en la Sociedad de las Treinta mil Líneas.

— Madrina..., ¿entonces es verdad?.. ¿Estás en una situación apurada?

— He tenido grandes gastos este año. No publico novela. Y... mis pequeños valores... no puedo venderlos todos, a no ser con gran pérdida.

— Todos... ¡Ay, madrina! ¡Esto quiere decir que ya has vendido algunos! Pero no es para..., para eso... Papá se equivoca... Nadie te ha pedido... que pagues... deudas.

Los ojos de Claircoeur centellearon.

— ¿No te has creído esa infamia?

— ¡Oh, no!, exclamó impetuosamente la muchacha. Creer eso de él..., ¡jamás!

Su madrina la miró. La palidez de Gilberta se trocó en carmín.

— Por favor, madrina... No tienes necesidad de mirarme de ese modo. Marcelino Fagueyrat es todo un caballero, incapaz de pedir dinero a una mujer. Esto es todo lo que yo quiero decir. Y lo sé. Antes de conocerle a él, me había formado una opinión muy mala de los hombres. Había visto lo que valen. No hay ninguno que sepa respetar a una señorita. Ni los viejos, ni los amigos de los papás, ni los poderosos que tienen nuestra suerte en sus manos... ¡Cobardes! ¡Qué vergüenza!.. Pues bien, madrina, hay uno... Y es un actor, que acusan de ligero. Un hombre joven, con el prestigio del éxito. Me abre una carrera, me prepara la entrada en ella, me da lecciones... Tú no siempre te hallas presente... Ensayamos escenas apasionadas... Pues bien, madrina, no me ha dicho una sola palabra que no hubiese dicho delante de ti. No me ha tocado con la punta del dedo. No ha tenido una mirada ni ha pronunciado una frase que pudiese ofuscar me. No ha aventurado, ni aun en broma, la sombra de una declaración...

— ¿Es pues capaz de un sentimiento profundo, de un amor delicado?.., pronunció lentamente Claircoeur, con una extraña sonrisa. ¡Mejor! ¡Temía yo tanto lo contrario!

— ¡Madrina!, exclamó Gilberta, enajenada.

— No le permitas aún que te lo diga. Pero, anda, muchacha..., no te apene ni te preocupe su silencio...

La novelista se interrumpió. Otra vez, la cabeza de su ahijada buscó el refugio de su hombro, pero con una emoción tan nueva y tan violenta, que la tía Gil, apoyando su mejilla contra la coca oscura y lisa de sus hermosos cabellos, dió un grito de turbación — uno de esos gritos cuyo acento trastorna el

alma que los exhala, y que le quedan en eco para atestiguarle lo que ha sufrido.

— ¡Dios mío!.. ¡Cómo le amas!..

## XIII

*Las desdichas de una modistilla*, comedia dramática en cinco actos y ocho cuadros, contenía los elementos de un éxito.

Fagueyrat no se había engañado. Su instinto de la escena preveía lo que podía impresionar al público. Los consejos por él dados a la autora procedían de aquel mismo instinto. Claircoeur los había seguido con inteligencia, más que con inteligencia; con confianza, con fe, con una especie de entusiasmo intuitivo.

Los dos colaboradores, que jugaban una partida decisiva, tuvieron razón de descontentar la victoria. Sin embargo, la victoria faltó. Y por su culpa.

Hay, en torno de un ensayo general, numerosas contingencias — tan numerosas que determinan la suerte de una obra, cuando ésta no tiene en sí misma ni un mérito bastante superior para arrostrar su mala influencia, ni una mediocridad bastante triste para destruir su influencia favorable.

*Las desdichas de una modistilla* no ofrecieron nada de común con una obra maestra. Pero este drama ingenioso, rápido, movido, no desprovisto de observación, de filosofía y jovialidad, interesante por sus intérpretes, entretenido por decoraciones y tramoyas en que no se había escatimado dinero, debía desencadenar la risa y el llanto, y hasta sugerir algunas sanas reflexiones, durante un buen centenar de noches.

Poca cosa hubiera bastado para ello. Quizás simplemente que el director y la autora estuviesen menos infatuados, menos impacientes. Quizás que la famosa tramoya del quinto acto no fallase la víspera del ensayo general, lo que hizo transformar precipitadamente varias escenas, y sembrar la incoherencia en el desenlace. Quizás que la decoración del tercer acto no fuese tan larga de colocar, lo que retuvo a los espectadores más allá de la hora normal en que se encuentran fiacres para regresar a casa — al menos los raros espectadores que se quedaron hasta el fin. Quizás que no lloviese a mares, aquella noche. Quizás que no hubiese habido, por la tarde, otro ensayo general, muy diferente, brillante, muy parisiense, es céptico y ligero, pero también muy largo, lo cual había trastornado la comida de los críticos, reduciéndola a «un bocado, de prisa y corriendo», que casi les dejó estómagos crispados hasta las once de la noche, y luego estómagos vacíos y hambrientos hasta las dos de la madrugada — hora insólita en que cayó el telón.

Claircoeur pasó tres noches sin dormir: una en el último ensayo de las costureras, en que el truco falló, otra en transformar el desenlace, y la tercera en reducir dos cuadros a uno, a fin de evitar la colocación demasiado larga de una decoración magnífica, que costaba un ojo de la cara y que resultaba inutilizable.

La primera representación marchó bien, pero, antes de empezar, la opinión de la prensa estaba formada, escrita, compuesta en caracteres de imprenta, y esperaba la hora de entrar en máquina.

La segunda fué brillante, y terminó a las doce menos cuarto. Se habían coordinado los cuadros reducidos demasiado bruscamente. Los actores habían tenido tiempo de aprender los encadenamientos y bocadillos.

Pero ¿qué importa la segunda representación para el destino de una obra? Esta obra está ya condenada o puesta por las nubes. Es cosa hecha. Dentro de seis semanas — cuando haya desaparecido del cartel — recortes de periódico, procedentes de Yokohama o de las Fidy, reprocharán todavía al autor exasperado el haber presentado al principio un personaje que no tiene que decir más que dos palabras y no vuelve a salir en toda la obra, cuando este personaje, modisto sorprendido por la subida del telón, la noche del ensayo general, había tenido la presencia de espíritu de lanzar a su cliente una frase cualquiera, antes de desaparecer de una representación en que no tenía nada que hacer.

Claircoeur conoció la tortura de aquellos cargos ineptos. Y la tortura mil veces más atroz de pensar: «Con dos días de paciencia, presentando mi obra en el ensayo general tal como el público la vió en la segunda representación, la obra de mi vida, de mi dolor, de mi esperanza, la obra en que circula mi sangre — en que circulará para siempre mi sangre — no hubiera caído sobre mi corazón para destrozarlo en su caída. Timidamente, objetaba a Fagueyrat:

— Le había rogado a usted que aplazase el estreno. No habíamos ensayado una sola vez la obra en su conjunto, sin tropiezos, calculando el tiempo de los entre actos.

Él contestaba:

— ¡Qué quiere usted, mi pobre amigal!.. Yo no podía ya soportar por más tiempo el gastar sin recoger. Todos los gastos de alumbrado, de maquinaria, de acomodadores y demás, contaban a partir del día 12 de octubre. Una locura. Eché el drama al foso por 1.500 francos. Perdóneme usted. ¡Su obra es tan bella!.. Yo estaba demasiado seguro de su triunfo, a pesar de todo. ¡Y sufría tanto de ser su deudor! Hay horas en la vida, horas de exceso de fatiga y de delirio, en que no se ve claro.

¿Cómo estar enojada con él? Fagueyrat perdía tanto como ella, más que ella quizás. Se había desacreditado como director. ¿Qué autor le confiaría una obra, a no ser los dudosos, los principiantes, los que atarían una piedra más pesada a sus pies, para que se hundiese más?

Como actor, salía victorioso, a la altura de su fama. Se le elogiaba tanto más por su interpretación cuanto se le trataba con más severidad como organizador. Los camaradas no cabían en sí de gozo. «¡Ah! ya ves lo que te cuesta el habernos abandonado, el haber pasado de los bastidores al gabinete directorial...» ¡Las bocas no lo decían, pero las miradas!..

En cuanto a Gilberta, la crítica y el público mostraron por ella uno de esos entusiasmos que, desproporcionados al mérito, van a ese don misterioso, superior a todos los méritos — el encanto. ¿Talento? Sin duda lo tendría. Quizás lo tenía. Nadie hubiese respondido de ello. Pero no se trataba de eso. La emoción, la gracia, la vida, he aquí lo que se traía ella, sin saberlo. Modistilla, con su blusita de percal, su cinturón de cuero, su falda mal sujeta a su talle flexible — su falda demasiado corta de delante y demasiado larga de detrás, dejando ver unos tobillos finos y unos pies ligeros que bailaban al andar, pilluela de París, con palmito de malicia y de ingenuidad, creó un tipo que gustó con delirio a todo el mundo, que los periódicos ilustrados de todo el país reprodujeron millares de veces y que se hizo célebre inmediatamente.

La obra, mal encaminada, se salvó de la caída gracias a la chicuela irresistible que reveló Gilberta. Como aquellos a quienes estimuló el deseo de verla, encontraron un espectáculo interesante, decían a la salida: «No se puede hacer caso del juicio que los periódicos emiten. Se pasa divinamente la velada en el Louvois.» Pero la excelente velada no creaba, en el teatro medio vacío, una atmósfera lo bastante caliente para que sus efluvios alcanzasen a las muchedumbres exteriores. Estas no emprenderían, sin garantías más estimulantes, el camino de un teatro con mala sombra.

Claircoeur conoció el estado de alma del autor que, en el despacho de la Dirección, espera la hora en que sube la suma de la entrada. «Será mejor que ayer... Hay que dejar a la gente el tiempo de contar en torno suyo lo que vale la obra. Los éxitos que hace el público tardan más en manifestarse, pero son más duraderos. Hoy es un buen día. Húmedo, sin lluvia torrencial...»

Todas las probabilidades de una numerosa concurrencia son examinadas. Tal obra, representada centenares de veces en todas las escenas del mundo no «partió» hasta la vigésima representación. *Las desdichas de una modistilla* están en la décimo octava.

Pero llegaba el revisor en jefe. Con aire indiferente, como hombre acostumbrado a semejantes situaciones, enunciaba una entrada todavía aún inferior a las anteriores. Había que justificar la baja. «Soplaba un fuerte viento Norte. Se ha temido el hielo. ¡Decir que aún hay fiacres descubiertos! El pequeño público no toma autos ¿verdad?

El revisor meneaba la cabeza.

— Efectivamente... Y las galerías, cuando dan, después de todo, son lo mejor. Los palcos... son tan pocos los que se pagan.

Claircoeur, que, las primeras noches, se había alegrado de ver los palcos ocupados, sabía ahora que lo están siempre. Es el deber esencial de un buen administrador: no dejar vacíos demasiado visibles en el hemiciclo de un teatro. Como la naturaleza, el público tiene horror al vacío. ¿Qué espectador posee un alma bastante fuerte para saborear sus propias impresiones y quedar así satisfecha entre localidades desocupadas? sobre todo cuando ha pagado la suya.

Después de la decepción de la entrada del día, Claircoeur esperaba la del siguiente. No precisamente por la cantidad, sino porque la entrada es el termómetro del éxito. Durante veinticuatro horas, la novelista no vivía más que para consultar aquel oráculo, de una implacable precisión.

Vivía también para otro sufrimiento. Pero en éste no quería convenir, ni aun en lo más recóndito de su pensamiento, cuando su corazón lo gritaba.

Precisamente, a cosa de las diez, cuando se terminaba el balance del día, la representación llegaba a la grande escena de amor entre los protagonistas — el exAdhemar convertido en Landry de Campvillers y la interesante modistilla, Lulú, que se negaba, con todo y adorarle, a ser su esposa y duquesa de Campvillers, por razones misteriosas — seguramente inspiradas por el virtuoso heroísmo y la sublime delicadeza de la joven.

Claircoeur bajaba al palco reservado, un palco de proscenio donde, sin ser vista del público, se hallaba cerca de los intérpretes, tan cerca, que oía las reflexiones con que entrecortaban por lo bajo las frases de sus papeles. A veces le dirigían alguna, con una sonrisa, una mirada, un movimiento escénico hábil y gracioso. Pues todos simpatizaban con aquella autora, tan amable con los más ínfimos, que nunca les había demostrado el menor descontento, ni les había rehusado nunca una cosa cuando su pretensión no era demasiado absurda.

También tenían cariño a la obra y no la «abandonaban» en el desastre. Ponían en ella todas sus facultades, como en los ensayos, cuando contaban con ella, y les enardecía la esperanza. Sin embargo, algunos se preguntaban cómo pasaría el invierno, y calculaban los días de pan asegurado, los días poco numerosos que *Las desdichas* podrían mantenerse aún en el cartel. Rabiaban contra el público recalitrante, e insultaban entre sí a los críticos. Pero no se enojaban contra la autora ni contra el drama.

«¡Qué buenos son!», pensaba Claircoeur, en el fondo de su palco.

Se hacía algo más atrás, buscando mayor sombra, cuando la enternecían demasiado, para que no le viesan asomarle las lágrimas a los ojos.

Pero, de pronto, aquellos artistas humildes, que vivían ante su propio pensamiento, que eran algo de sí misma, que ella sentía no poder ver allí todas las noches, desaparecían.

Ya no había más que dos personas en escena: Gilberta y Fagueyrat.

Estos eran otra cosa. Su entrevista, que ponía a los espectadores más silenciosos y más atentos; el amor, que sus ojos, sus palabras, su emoción palpitante, toda su juventud, exhalaba como un perfume violento y suave, perfume de que se impregnaba la atmósfera, de que se enardecían los rostros, de que jadeaban las bocas y las almas, el diálogo tierno, el episodio delicioso, no creaban para ningún espectador una ilusión más penetrante que para Claircoeur.

La que había imaginado, compuesto, escrito y hecho ensayar aquello..., la que asistía a su representación cada noche y reconocía cada palabra, cada entonación, cada gesto..., era la única que olvidaba completamente la convención, el decorado, el escenario. Para ella, lo que se representaba era la vida.

La vida... que ella había querido vivir demasiado tarde. La vida... cuya radiación le quemaba el rostro como la reverberación de un foco demasiado ardiente. Y sin embargo... aun comulgaba con la vida mediante aquella tortura cotidiana. ¿En qué silencio, en qué tinieblas caería, cuando, por última vez, se apagase la electricidad sobre las fundas grises rápidamente echadas por las acomodadoras?

Claircoeur vivió aquel minuto. Recorrió con una suprema mirada el abismo del teatro en la obscuridad, y subió luego al cuarto de Gilberta para llevársela a casa.

Sus *Desdichas de una modistilla* habían terminado su corta carrera parisiense.

Al día siguiente, Fagueyrat, que evitaba, desde hacía tiempo, el encontrarse solo con ella, fué al bulevar Raspail. Había anunciado su visita y Claircoeur le esperaba.

El actor empresario resumió la situación. El cuadro careció de alegría. Pero nada estaba perdido. Así, al menos, lo aseguró.

Puesto que había gastado, en una empresa teatral, lo poco que poseía y las sumas, mucho más importantes, adelantadas por Claircoeur, no cometería la locura de adeudarse más, conservando las Fantasías Louvois. Un empresario de espectáculos, inventor del «Cinema fonético-policromo», proponía subarrendárselo. Él, Fagueyrat, tenía un proyecto. Su fisonomía se iluminó desde el instante que hizo alusión a aquel proyecto que tanto le sonreía, que le permitiría cancelar su deuda con su «querida autora» — moralmente, con el desquite de gloria ofrecido a *Las desdichas de una modistilla*. Y materialmente — así lo esperaba — con beneficios infalibles, beneficios limpios, de los cuales no habría que deducir los intereses de un grueso capital.

Su «querida autora» — como él decía — le miraba con mucha sorpresa y una débil palpitación de esperanza.

Él, Fagueyrat, no miraba a Claircoeur — o apenas, sin apoyar. Una mirada fugaz, que pasa y vuelve para alejarse de nuevo, como esas proyecciones que de noche barren el horizonte. Nunca había encontrado francamente los ojos de su generosa amiga desde la escena de Lucerna, donde tan cerca estuvo de comprometerse. Cuando hablaban juntos, les venía a la memoria aquella escena. Pero ninguno de los dos hizo alusión a ella, como si la hubiesen olvidado completamente.

Fagueyrat desarrolló su idea.

Ya, sin decirlo a Claircoeur, había preparado el negocio. Este consistía en una *tournee* por provincias — quizás por el extranjero, en caso de éxito. Pasearía *Las desdichas de una modistilla*, las presentaría a los públicos ávidos de espectáculos parisienses y no prevenidos contra el drama. Al contrario. Las malicias de los críticos no tenían alcance fuera de París, mientras que el brillante *debut* de Gilberta, y su retrato reproducido en todas partes, despertaba la curiosidad y harían llenar el teatro.

— No hablo de mí, añadió modestamente el artista. Sólo hablo para hacerle observar que no estoy gastado fuera de aquí. No he representado más que en París y en teatros de verano, como Orange y Caunterets. Así es que, sin fatuidad, creo poder atraer al público.



Madrid.—Una escena del tercer acto de la comedia «La morera de plata», traducción del Sr. Alberti, estrenada con excelente éxito en el Teatro de la Comedia. (Fotografía de J. Vidal.)

— ¿Llevaría usted la compañía? El gasto sería considerable, objetó Claircoeur.

— Los principales artistas me acompañan a todo riesgo. Tienen confianza en el negocio. Los demás se contentan con el hospedaje, aunque sea en hoteles modestos. Además, haciendo algunos cortes y condensando unas cuantas escenas, suprimiríamos muchas bocas inútiles. En cuanto a los comparsas y figurantes, los encontraré en cada población por poco dinero.

— Pero, exclamó la autora desesperada, yo no podré seguir a ustedes. He de escribir una novela, a toda prisa. Sabe Dios si la podré dar a tiempo al *Petit Quotidien*. Boisseuil ha adquirido compromisos. Por añadidura, está enojado conmigo... Sin embargo, es preciso a toda costa...

Gil se interrumpió. Ambos sabían a qué atenerse sobre la urgencia de una producción fructuosa.

Fagueyrat moduló un acento de contrición para sugerir.

— Pero ¿qué necesidad tiene usted de venir?.. Por grande que fuese la alegría de llevarla a usted, no pensábamos imponerle la fatiga...

— ¡Y Gilberta!, exclamó Claircoeur. ¿Quién la acompañará?.. Mi ahijada no es aún bastante profesional para que yo la deje...

La expresión del rostro de Fagueyrat la detuvo. Su corazón también interrumpió sus latidos. La escritora oyó... ¿Qué?.. Una cosa formidable... y muy sencilla. Un pequeño acontecimiento y sin importancia, previsto por ella, después de todo. Sin embargo, si a sus pies se hubiese abierto un abismo tragándose medio París, no hubiera manifestado una angustia más vertiginosa.

— Mi querida amiga, dijo Fagueyrat, usted que es buena hasta el infinito, consentirá, ¿no es cierto? Yo soy su deudor. — Lo seré infinitamente más. Gilberta y yo somos jóvenes y tenemos el porvenir

abierto. Una vez casados, asociaremos nuestras fuerzas y nuestro talento. Tendremos el trabajo, la fe, la ternura mutua, todo lo que se necesita para triunfar. Y nuestras conquistas serán conquistas para usted; le devolveremos centuplicado...

— ¡Calle usted!.., gritó Claircoeur, con tal agitación que él creyó necesario corregirse.

— Quiero decir... No hablo de las deudas materiales. Pero todo lo que ha hecho por su ahijada... Y lo que ha hecho usted por mí, cuando apenas me conocía... Su generosidad, su confianza... su... su amistad... ¡Ah! yo he saboreado todo el encanto de sus sentimientos religiosos. Yo también he compartido...

— Calle usted, murmuró ella.

— Pero, continuó el joven, ¿hay para usted una felicidad más preciosa que la de su Gilberta?.. ¡Ah!, ¡cómo la quiere a usted!.. ¡cómo la queremos a usted!..

Se acercó, se arrojó, y le rozó ligeramente la mano. Ella no volvió a decir: «¡Calle usted!», pero con un gesto de aquella mano, vivamente retirada le impuso silencio.

— Estoy segura... Ya lo sé... Vaya usted a buscar a su prometida.

Gilberta, en su cuarto, temblaba de emoción. Miraba su árbol, «su parque», el viejo olmo en que anidaban sus sueños. Y un espanto le retorció los nervios, porque, precisamente aquel día — aquel día de fines de noviembre — lo estaban cortando.

Unos hombres aserraban desde luego las ramas superiores, porque el gigante no hubiera podido caer entero sin estropear los edificios inmediatos.

— ¡Oh! Marcelino... ¿trae usted el «sí»?..

— Sí, amada mía. Venga usted. Ella misma se lo dirá.

— ¿No está enfadada, mi querida madrina?

— ¿Enfadada?.. No. Muy emocionada, solamente.

— ¡Yo tenía miedo!.. Oiga usted cómo cortan mi pobre árbol. Me parecía que esos hachazos entraban en un corazón vivo.

TRADUCCIÓN DE TORNAMIRA.

#### MADRID. — LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

En la Comedia se ha estrenado con muy buen éxito la comedia en cuatro actos *La morera de plata* de Decourrelles y Maurel admirablemente traducida por el Sr. Alberti. Catalina, alumna de una academia de declamación, se casa con Ricardo, hijo de la señora Morisset, propietaria del almacén «La morera de plata»; entre ésta, burguesa implacable, y su nuera, malograda artista, hay verdadera incompatibilidad de caracteres y Ricardo, sumiso a su madre, aunque adora a su esposa, no sabe defenderla contra la malquerencia de aquella. Catalina, agraviada y en un ambiente opuesto a sus gustos e inclinaciones, está a punto de caer en las redes del pintor de moda, Vilfroy; pero sabe resistir las asechanzas de éste, y al fin los esposos se reconcilian, la suegra renuncia a sus crueldades y testarudeces y Catalina acaba por ponerse al frente del almacén. En la ejecución se distinguieron las señoritas Pérez de Vargas y Villa, la señora Alba y los señores González, Asquerino, Bonafé y Zorrilla.

El estreno de *El Lobo* en el teatro de Price, ha valido un nuevo triunfo al tan aplaudido dramaturgo Joaquín Dicenta. *El Lobo* es un viejo presidiario a quien todos sus compañeros de reclusión temen y respetan y en cuyo corazón no anida sentimiento alguno delicado; pero un día, una niña, hija del director del penal, compadecida de él, le da un beso, y desde aquel momento el alma del criminal experimenta un placer desconocido, y siente una devoción sin límites por el ser inocente de quien ha recibido la única prueba de afecto, el único

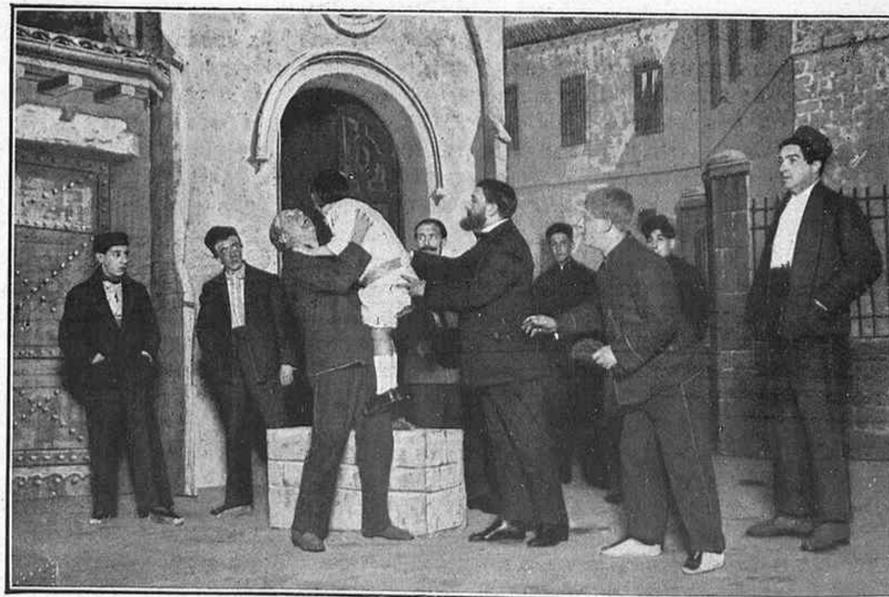
gesto de piedad. Varios presidiarios tienden una emboscada al director para vengarse de la dureza con que les trata, y cuando se disponen a realizar sus criminales intentos, el *Lobo* se interpone y recibe la mortal puñalada dirigida al director; y en las ansias de la muerte pide como suprema gratitud recibir el



Madrid.—Una escena del tercer acto del drama «La malquerida», de Jacinto Benavente, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa. (De fotografía de J. Vidal.)

último beso de la niña, y muere gozoso abrazado a ésta. Enrique Borrás ha hecho una creación del papel del *Lobo*, habiéndole secundado perfectamente la niña Calvo y los señores Ramírez, Moragas, Soto y Garci-Muñoz.

*La Malquerida*, drama en tres actos de Jacinto Benavente, estrenado en la Princesa, ha sido uno de los más grandes éxitos de la temporada y uno de los mayores y más legítimos triunfos de su autor. La escena pasa en un pueblo de Castilla; Raimunda, casada en segundas nupcias con Esteban, tiene en su primer matrimonio una hija, Acacia, que nunca ha podido llamar padre a su padrastro, y que está dispuesta a casarse con Faustino. En vísperas de efectuarse la boda, éste es asesinado y aunque se acusa del asesinato a Norberto, novio que fué de su prima Acacia, pruébase pronto su inocencia y Norberto declara a Raimunda que si fingió olvidar a aquella, fué porque le amenazaron de muerte. Raimunda llega a comprender que Esteban ama a su hijastra y que él fué sin duda el matador de Faustino; Esteban confiesa aquel amor del que se muestra sumamente arrepentido, y su esposa le perdona. Acacia jura que denunciará a su padrastro y éste resuelve entregarse a la justicia; Raimunda increpa a su hija y la obliga a abrazar a Esteban; y cuando ve que los labios de ambos se unen fuertemente en un apasionado beso de amor, comprende toda la magnitud de su desgracia, y al caer herida de muerte por el disparo de la escopeta de Esteban, muere satisfecha porque su sangre separará a los incestuosos amantes. Doña María Guerrero y Don Fernando Díaz de Mendoza interpretaron magistralmente los papeles de los esposos Raimunda y Esteban; y desempeñaron



Madrid.—Final del primer acto del drama «El Lobo», de Joaquín Dicenta, estrenado con gran éxito en el Teatro Price. (Fotografía de J. Vidal.)

con singular acierto los suyos la señorita Ladrón de Guevara, la señora Torre y los señores Díaz de Mendoza (Don Mariano), Vilches, Carsi y Juste. — S.

RÍO JANEIRO. - IV EXPOSICIÓN DE ARTE ESPAÑOL ORGANIZADA POR D. JOSÉ PINELO



Vista de la sala de la Escuela Nacional de Bellas Artes, en donde está instalada la exposición

En Río Janeiro se está celebrando actualmente la IV. Exposición de Arte Español organizada por el conocido pintor e infatigable propagandista en América del movimiento artístico de nuestra patria, José Pinelo.

La exposición está instalada en uno de los salones de la Escuela Nacional de Bellas Artes de aquella capital y al decir de la prensa constituye una manifestación interesantísima, muy superior a las tres anteriores, así por el gran número de cuadros que contiene, doscientos cincuenta y nueve, como por la diversidad de escuelas en ella representadas.

No solamente figuran en la exposición obras de artistas contemporáneos; hay también varios y muy notables de artistas de pasadas épocas, antiguos algunos, otros más modernos, cuyos nombres han sido consagrados por la fama. De Goya, por ejemplo, se exhibe un interesantísimo boceto para el cuadro *Baile en San Antonio de la Florida*, que tiene todo el valor del nombre del artista, una de las más grandes figuras de nuestro arte pictórico; de Mariano Fortuny, dos preciosas telas, *Mujer cantando* y *Una calle de Granada*, con todas las bellezas de dibujo y de colorido que caracterizaron al autor de *La Vicaría* y le conquistaron nombre universal; de Eduardo Cano, su último y hermoso lienzo, *La muerte de Cervantes*, y una *Cabeza de estudio* que ostentan todas las altas cualidades que avaloran la producción del con razón llamado regenerador de la pintura sevillana moderna; y de Carlos Haes, un precioso paisaje, *Cercanías de Madrid*, lleno de poesía como todo lo que produjo aquel excelente pintor que, nacido en Bélgica, formó su personalidad artística en España, en donde alcanzó

justa nombradía y fué considerado como uno de nuestros primeros paisajistas.

De los demás artistas cuyas obras figuran en la exposición, citaremos a Pradilla, Moreno Carbonero, Cubells, Zubiaurre (Valentín y Ramón), Pinelo, Chicharro, Rico, Hermoso, Bermúdez, Sierra, Alpérez, Sala, Bermejo, Casanova, Checa, Giménez, Jiménez Aranda, López Mezquita, Pidal, Villegas y Sorolla.

Basta esta lista para demostrar la importancia de la manifestación artística que nos ocupa.

La exposición fué inaugurada oficialmente por el Presidente de la República, mariscal Hermes de Fonseca y al solemne acto asistieron el ministro y el consul de España y muchas distinguidas personalidades de Río Janeiro.

El Sr. Pinelo recibió muy entusiasmadas plácemes a los que unimos los nuestros más sinceros, expresándole al propio tiempo nuestra gratitud como españoles y amantes del arte, por la admirable obra que desde hace tanto tiempo viene realizando y que tan beneficiosa



El Presidente de la República mariscal Hermes de Fonseca (1), el ministro (2) y el cónsul (3) de España y D. José Pinelo (4) en el acto de inaugurar la exposición. (De fotografías.)

ha sido bajo todos conceptos, para el buen nombre y para los intereses artísticos de nuestra querida patria.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

COMPENDIO DE FÍSICA Y QUÍMICA por J. Kleiber y el Dr. J. Estalella. - El profesor de la Escuela Municipal de Comercio de Múnich ha redactado en forma de compendio el *Tratado popular de Física*, escrito por él y por el profesor

Karsten, obra que produjo una verdadera revolución en los procedimientos de enseñanza de la Física en los centros técnicos de nuestro país, pero que por su demasiada extensión no se adaptaba suficientemente a las enseñanzas de los centros docentes más elementales. El *Compendio*, del que se han agotado, en poco tiempo, seis ediciones en Alemania, ha sido traducido al castellano por el Dr. J. Estalella, del Instituto general y técnico de Gerona, que también tradujo el *Tratado*

antes mencionado, y le ha añadido, de acuerdo con el profesor alemán, un *Compendio de Química*, formando los dos trabajos un solo texto de excepcional interés para todos los centros en donde la Física y la Química figuran entre las materias fundamentales de enseñanza, y de alto valor pedagógico por su sencillez, claridad y precisión. Un tomo de 400 páginas con 375 grabados editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio 4 pesetas en rústica y 5 en tela inglesa

Date de 1849 Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS. LENTEJAS. TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS. TEZ BARROSA  
 ARRUGAS. PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDÈS 81 St-Denis, 46

**INNSBRUCK, TIROL**  
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
**HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE**  
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

AVISO A  
**LAS SEÑORAS**  
 EL ANIOL DE LOS  
 DRES  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ECOS DE LAS MONTAÑAS**

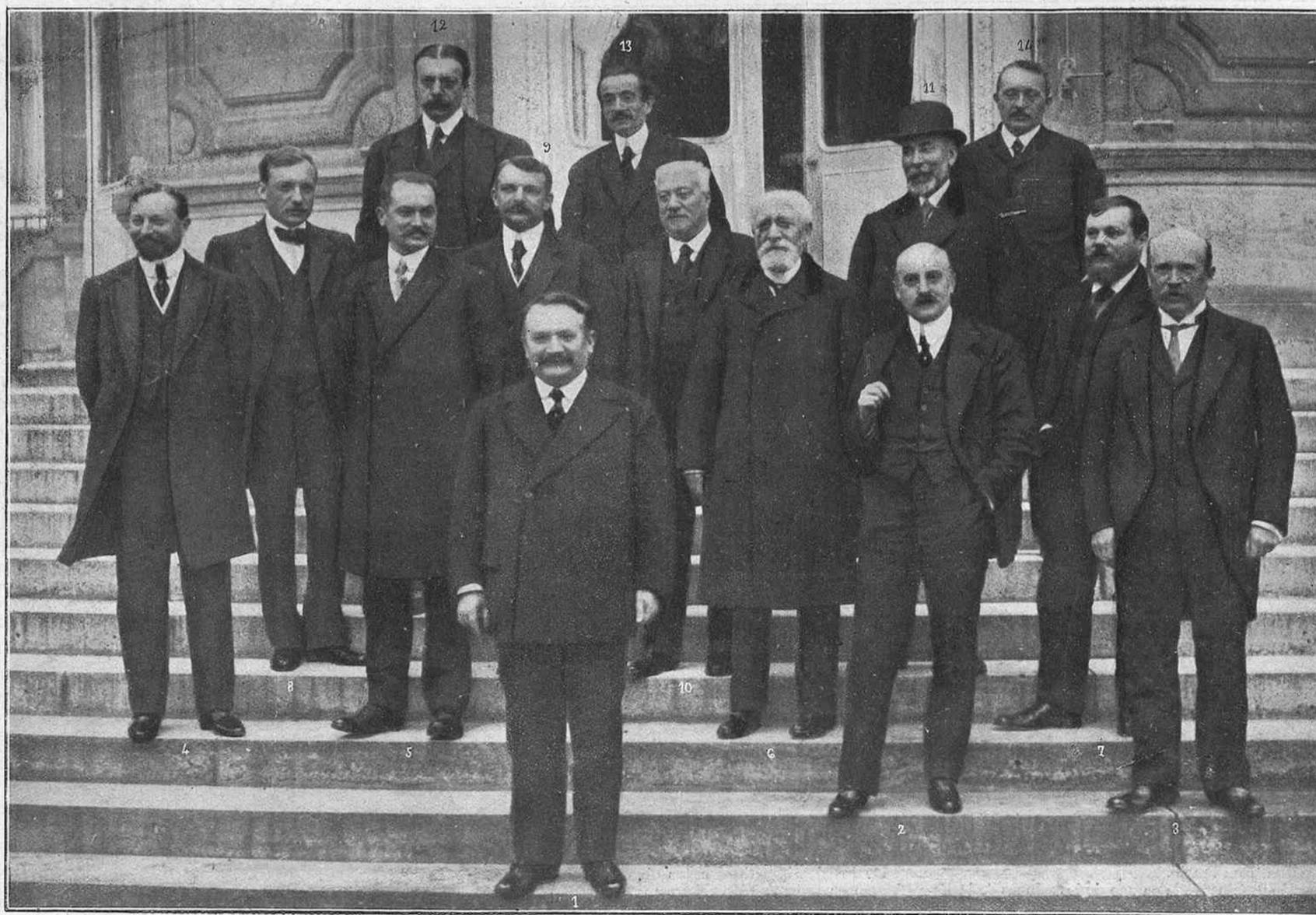
POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

**FÁBULAS DE LA-FONTAINE**

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. - Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

## EL NUEVO MINISTERIO FRANCÉS. (De fotografía de M. Branger.)



1. Gastón Doumergue (Presidencia y Negocios Extranjeros). - 2. José Caillaux (Hacienda). - 3. Noulens (Guerra). - 4. Fernando David (Obras Públicas). - 5. Lebrún (Colonias). - 6. Bienvenido Martín (Justicia). - 7. Alberto Metin (Trabajo). - 8. Jacquier (Subsecretario en las Bellas Artes). - 9. Raúl Peret (Subsecretario en el Interior). - 10. Ernesto Monís (Marina). - 11. Renato Renault (Interior). - 12. Maginot (Subsecretario de Estado en la Guerra). - 13. Luis Malvy (Comercio, Correos y Telégrafos). - 14. Renato Viviani (Instrucción Pública).  
En este grupo faltan los Sres. Raynaud, ministro de Agricultura, y Ajam, Subsecretario de Estado en las Bellas Artes

Con motivo de la discusión de las garantías con que habría de ofrecerse el empréstito de 1.300 millones votado por la Cámara de Diputados, el ministerio Barthou fué derrotado por una mayoría de 25 votos y presentó su dimisión al Presidente de la República. La solución de la crisis fué en extremo laboriosa, pues planteada ésta el día 2, hasta el día 8 no se constituyó el nuevo ministerio. El Sr. Poincaré consultó con los principales jefes de partido, quienes se negaron a formar gabinete, habiendo al fin aceptado el encargo el Sr. Doumergue, quien se asoció, como principal colaborador, y quizás como inspirador y guía, al Sr. Caillaux, verdadero autor de la derrota del anterior gobierno.

El nuevo ministerio es acentuadamente izquierdista, pues está formado por individuos procedentes en su mayoría de los grupos radicales socialistas de la Cámara y del Senado y por algunos tráfugas de la izquierda democrática que han aceptado el programa de aquéllos. La opinión pública ha acogido poco benévola el gabinete Doumergue, cuya constitución sólo ha satisfecho a los elementos más avanzados; y aunque el nuevo gobierno al presentarse ante la Cámara ha obtenido una mayoría de 69 votos, es general la creencia de que su estancia en el poder no será muy larga y de que al discutirse los grandes problemas que actualmente están planteados en la política francesa, su fracaso habrá de ser inevitable.

**FUMISTERIA CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS  
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**  
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Cuidados por el. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA  
SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN